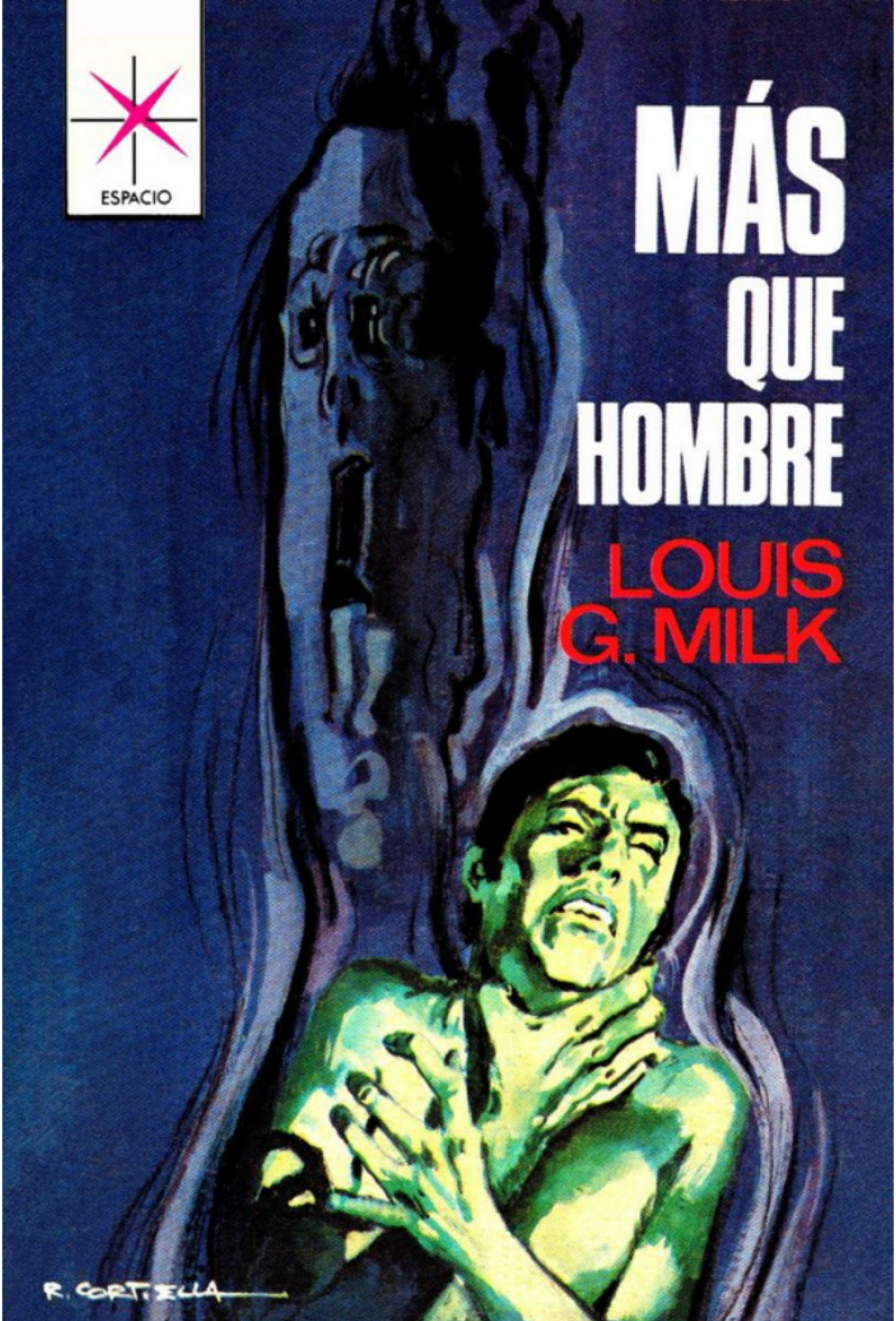

ESPACIO
MÁS
QUE
HOMBRE
LOUIS
G. MILK
R. CORTIELLA

Louis G. Milk

Más que hombre

Ediciones TORAY
Arnaldo de Oms, 51-53 Julián Álvarez, 151
BARCELONA BUENOS AIRES

Depósito Legal: B. 39.269 – 1970

Printed in Spain – Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor – Eduardo Tubau, 20 – BARCELONA

CAPÍTULO PRIMERO

Aquella tarde, Ray Felton decidió ir a pasear solo un rato, en lugar de hacer la acostumbrada visita a su prometida.

Felton se hallaba en un momento crítico de su vida. Era un hombre joven, de unos veintiocho años de edad, ni alto, ni bajo, ni feo, ni guapo, vamos, un tipo como hay muchos, aunque, eso sí, con una salud a prueba de bomba. Además, tenía un buen empleo.

Ray no era precisamente una lumbrera, pero tampoco un tonto. Más que nada, poseía discreción, lo que, en muchos casos, equivale a inteligencia. Por eso tenía un buen puesto en las oficinas de *Grattan, McDeller, Simmons y Cía*, uno de cuyos jefes principales, por no decir el principal, era Horacio Grattan.

A la cualidad de jefe de Ray, el señor Grattan unía la de ser el padre de su prometida y, por tanto, en vías de convertirse en su futuro suegro.

La novia de Ray se llamaba Minerva, nombre impuesto por su madre, quien se chiflaba por la mitología griega. De haber hecho caso a la buena señora, Ray hubiera cambiado su vulgar nombre —abreviatura de Raymond—, por el más prosopopéyico de Ulises o Júpiter o tal vez Sigfrido. Pero una vez que la señora Grattan lo insinuó, Ray soltó tal bufido que la propuesta cayó para siempre en el más profundo pozo del olvido.

Ray no sabía cómo había llegado a «liarse» con Minerva, en el buen sentido de la palabra, claro. El caso es que estaba «liado».

Era algo que Ray no conseguía explicarse, porque, bien mirado, Minerva era una chica más bien corrientita, pecosilla, dengosa, con un tipito muy mono, que se perdería irremisiblemente al segundo hijo, pero, sobre todo, consciente de los millones de su padre.

Aquí estaba la encrucijada de Ray. ¿Debía seguir adelante, casarse con Minerva y, un buen día, convertirse en la segunda

edición del imponente señor Grattan?

Si se consideraba en el aspecto económico, no cabía duda: el asunto estaba resuelto. Pero considerado el asunto desde el punto de vista de lo humano, el porvenir que Ray entreveía era de lo más aterrador en lo que a vulgaridad se refería.

Por eso estaba irresoluto, sin saber qué hacer. Dábase cuenta francamente de que, si bien Minerva le gustaba, no sentía hacia ella un amor tan profundo que lo empujase a una unión de por vida, Pero, por otro lado, ¿cómo romper el compromiso?

¿Y dónde encontrar trabajo? Porque una cosa era segura si mandaba a freír espárragos a Minerva: su padre le enviaría al mismo sitio. Y en Rockertown, el señor Grattan tenía las suficientes influencias como para que Ray no consiguiese después ni un puesto de peón en las obras públicas del municipio.

Abstraído en tales pensamientos, no se dio cuenta de que sus pasos le encaminaban a uno de los parques públicos de la ciudad, hasta que se encontró en uno de sus rincones más frondosos. Sentóse en un banco y continuó con sus poco consoladoras reflexiones.

El lugar estaba completamente solitario en aquellos momentos. De repente, Ray oyó protestar a una persona a muy corta distancia.

—Esto es una indignidad, caballero —dijo alguien, al otro lado de un gran seto de boj.

—Vamos, afloja la pasta, viejo, y déjate de calificaciones que no van a servirte de para nada. Suelta el capital o te rajo.

Ray se puso en pie. Se estaba cometiendo un asalto.

Al otro lado del seto se hallaba un anciano de aspecto distinguido, frente al cual se hallaba un rufián de rostro atravesado, que empuñaba una navaja de terribles dimensiones, cuya punta tenía apoyada en el cuello de su víctima. Indignado por lo que estaba viendo, Ray decidió intervenir.

Procuró no hacer ruido. El asaltante no se dio cuenta de nada, hasta que le tocaron en un hombro.

—Perdón, amigo —dijo Ray suavemente.

El rufián se volvió. Ray aprovechó la ocasión.

Ray no era muy aficionado al deporte, ni siquiera al golf, que detestaba. Nadaba moderadamente en el verano, daba largos paseos en invierno, de cuando en cuando hacía alguna excursión campestre

y jamás se había puesto unos guantes de boxeo. Sin embargo, aquel puñetazo le salió como de película.

El asaltante dio una voltereta en el aire y cayó al suelo. Allí se quedó sin sentido, mientras Ray se apoderaba de la navaja.

—Ya no tiene nada que temer, señor —dijo al anciano sonriendo.

—Mil gracias, caballero —respondió el viejo—. Su intervención ha sido muy oportuna. Me llamo Kurkik.

—Soy Ray Felton, señor Kurkik. ¿Quiere que le acompañe a presentar una denuncia?

—¿Para qué, señor Felton? No hace ninguna falta, si bien he de confesarle que estaba muy asustado. Soy forastero en la ciudad, ¿sabe?

—Me lo imagino —sonrió Ray—. ¿Desea que le acompañe al hotel?

—Eso sería abusar de su amabilidad. Me he perdido y… Me alojo en el *Silver Crown*, señor Felton.

—Oh, ese hotel cae cerca del parque. Venga conmigo, señor Kurkik.

El anciano echó a andar, pero, de repente, se detuvo y miró a Felton:

—Amigo mío, ¿todas las gentes de Rockertown son tan amables como usted? —preguntó,

Ray se echó a reír.

—Acaba de ver que hay de todo —contestó—. Pero me imagino que después de lo sucedido, ha quedado usted un poco alterado y por eso quiero acompañarle.

—Es verdad, muchas gracias —murmuró el anciano.

Caminaron una docena de pasos. De pronto, cuando ya estaban alcanzando la salida, Kurkik dijo:

—Señor Felton, me gustaría hacer algo para recompensar su bondad.

—No tiene que darme nada, señor Kurkik —contestó el joven—. Lo hago de buena gana.

—¿De veras no necesita nada? —Kurkik parecía decepcionado —. Yo podría regalarle algo…

—No, muchas gracias, insisto en ello.

Kurkik se detuvo de nuevo.

—Amigo Ray —dijo—, ¿no ha tenido usted nunca un deseo secreto?

—¿Cómo? ¿Qué es lo que quiere decir?

—Bueno, yo me refería a que quizá le gustaría ser más alto, más guapo, poseer una figura atlética, unas cualidades físicas y una inteligencia excepcionales…

—Vamos, un superhombre —rió el joven.

—Sí, más o menos. Y hasta el poder de la levitación.

Ray miró de reojo a su nuevo amigo. «¿No estará "tocado" de la cabeza?», se preguntó.

—Eso todo el mundo lo querría tener, pero es imposible —contestó, tratando de seguir la corriente al anciano.

—Ya, ya —dijo Kurkik.

—Además, estoy contento con mi figura y no deseo cambiarla.

—Comprendo.

Momentos después, se despedían ambos en la puerta del hotel.

—Ha sido un placer —aseguró Kurkik.

—El placer y el honor han sido míos —declaró Ray.

Y como ya se había hecho tarde, regresó a su piso de soltero, olvidándose por completo de Minerva Grattan.

Cuando llegó a su casa, se encontró con la sorpresa de una visita.

—Hola, Ray —dijo la «sorpresa» con voz dulce y acariciadora.

* * *

Ray la miró con curiosidad. Era una mujer hermosa y de su misma edad, poco más o menos, alta, esbelta como una sílfide, de largos cabellos dorados y grandes ojos rasgados de color violeta.

La bella vestía un audaz traje de color rojo fuego, cuyo escote, que dividía en dos un busto de contornos venusinos, llegaba por delante a la cintura. La espalda quedaba completamente al descubierto.

—¿Quién es usted? —preguntó Ray, estupefacto.

—Me llamo Gladys Yght, pero puedes llamarme Gladys —contestó ella—. Tengo las bebidas preparadas, Ray. ¿Quieres un trago?

—No, no entiendo… —dijo el joven, desconcertado—. Venga el

trago, desde luego…, pero ¿qué hace usted en mi casa?

Gladys avanzó hacia él con sendos vasos en las manos. Le entregó uno y luego acercó el suyo a unos labios que no tenían nada que envidiar en color a la tela del vestido.

—He venido para que me ayudes a encontrar un empleo —declaró.

—¿Un empleo? —repitió Ray—. Bueno, hablaré con el jefe de personal de Grattan…

—No es ésa la clase de empleo que yo quiero —le atajó Gladys—. Deseo que me recomiendes a tu tío, el profesor Curlinghame.

Ray pegó un respingo.

—¡El tío Pete! —exclamó.

—El mismo, Ray —confirmó la rubia.

—Pero… si no sé siquiera qué sabes hacer…

Gladys sonrió sibilinamente, mientras le quitaba el vaso, que dejó con el suyo en una mesita cercana.

—Ven, cariño —susurró—; ahora te voy a demostrar lo que sé hacer.

Los mórbidos brazos de la joven se enroscaron en torno al cuello de Ray. Él dudó un momento, pero casi en el acto, pasó al ataque.

Gladys se separó a poco, aturdida y tambaleándose.

—¡Cie… cielos…! —tartamudeó—. E… eres terriblemente varonil, Ray.

—Así, así —replicó el joven—. Lo corriente nada más.

Ella le miró críticamente de los pies a la cabeza.

—Pues si eso es «lo corrientes, ¿qué será lo excepcional? —dijo. Luego añadió—: Ray, ¿qué hacemos de la recomendación para conseguir el empleo con tu tío?

—Si tanto te empeñas… Bien, te daré una tarjeta y… pero no te garantizo nada, ¿sabes?

Gladys sonrió de forma hechicera.

—Tú dame la tarjeta —contestó—. Del resto me encargo yo. —Le besó de nuevo—. Y luego hablaremos algo acerca de las costumbres de tu tío; quiero estar impuesta de sus cualidades para cuando entre a trabajar a su lado.

Ray lo dudaba mucho, precisamente porque conocía bien al profesor Curlinghame, pero… ¡era Gladys tan hermosa!

—Como quieras, preciosidad —contestó, guiñándole un ojo.

CAPÍTULO II

Ray solía ser muy puntual por las mañanas, pero aquel día se quedó dormido y, cuando se despertó, vio por el reloj que llegaría tarde.

Su futuro suegro no perdonaba nada en las horas de oficina. Ray se echó a temblar, pensando en la bronca que iba a recibir. Se vistió en un tiempo increíblemente corto y, sin desayunar siquiera, se precipitó fuera del piso.

Ya no se acordaba de Gladys. Sólo pensaba en el señor Grattan y en los ácidos comentarios que haría, comentarios que luego repetiría en su casa, delante de su mujer y su hija.

—Y ése es el hombre que va a ser tu marido —diría el señor Grattan—. Un sujeto que acaso se pasa las noches de juerga, lo que, naturalmente, le impide levantarse a tiempo para llegar puntual a su trabajo. Pero, en fin, Minerva, hijita, como tú le elegiste, carga con él y con las consecuencias de tener un marido vago e inepto…

Ray llegó a la oficina y se escurrió por los distintos departamentos hasta llegar a su despacho. Cuando cerró la puerta, respiró aliviado.

—¡Uf! ¡El viejo no me ha visto! ¡He tenido suerte!

Pero casi en el acto se indignó consigo mismo.

¿Acaso tenía miedo de Grattan?

¿No eran ambos dos hombres, iguales el uno al otro en determinados aspectos?

—¿Me va a comer? —se preguntó—. ¿Entrará aquí con un látigo?

Empezó a pasearse, tratando de encontrar las frases adecuadas para responder a la bronca que recibiría, porque el señor Grattan ya sabía que había llegado tarde.

—No va a abroncarme con una metralleta en las manos —dijo,

mientras se paseaba arriba y abajo de la estancia.

De pronto, se detuvo para encender un cigarrillo. Sacudió el fósforo apagado, y lo tiró maquinalmente, pero no se dio cuenta de que el palito de madera, en lugar de caer, «ascendía».

La puerta del despacho se abrió de pronto. Se oyó un rugido de fiera:

—¡¡Ray!! ¿Dónde te has metido? ¿Por qué has llegado tarde al despacho?

—Estoy aquí, señor Grattan —contestó el joven—. Y dispense si he llegado tarde, pero me quedé dormido y…

Grattan levantó la cabeza y se quedó atónito.

Y también sin habla, pero sólo durante unos instantes.

—¡Está en el techo! —aulló—. ¡No es un hombre, es una mosca! ¡Tiene los pies en el techo y la cabeza hacia abajo! ¡Está en el techo! ¡Está en el techo! ¡Aaaaahhh…!

El señor Grattan se alejó con una ruidosa carrera, a la vez que profería unos ensordecedores alaridos, que tuvieron la virtud de alarmar a los numerosos empleados que atestaban los diferentes departamentos de la empresa.

Ray no se sentía menos estupefacto. Bajó la cabeza un instante y se percató de que, en efecto, tenía los pies en el techo.

Luego miró «hacia arriba». Se mareó.

Por un momento, creyó que los muebles, que dada la posición en que se hallaba, estaban invertidos, le iban a caer encima. Pero no sucedió nada de lo que temía.

—¡Anda! —exclamó, lleno de perplejidad—. ¿Cómo he llegado yo hasta aquí?

Movió las manos, tembloroso de caerse. Pero seguía en el techo.

Dio un paso, luego dos, el tercero… Alcanzó la pared.

Descendió con los pies en la pared y el cuerpo horizontal.

—Es increíble —dijo.

Al fin puso los pies en el suelo.

Un empleado asomó la cabeza.

—¿Qué le ha pasado al jefe, señor Fulton? —pregunto—. Dijo que usted tenía los pies en el techo…

Ray sonrió.

—¡Je, je! —dijo—. Le ha debido sentar mal la cena de anoche. ¿Tengo yo cara de mosca?

El empleado soltó una risita.

—¡Qué buen humor tiene usted, señor Felton! —contestó—. Sí, el jefe ha sufrido una alucinación, causada por la cena. Dispénseme.

—De nada, amigo —contestó Ray generosamente.

El señor McDeller, otro de los socios de la firma, llegó poco después.

—Ray, ¿qué le ha dado usted a Grattan? Está diciendo insensateces…

—Mi futuro suegro ha trabajado mucho últimamente —respondió el joven con virtuoso acento—. Le conviene una buena temporada de descanso en el campo: comidas ligeras, muchas horas de sueño, olvidarse de los negocios…

—Sí, eso creo yo también, Ray —convino McDeller—. Gracias por todo, muchacho.

—A usted, señor.

McDeller se marchó. Preocupado, Ray se preguntó si no habría soñado lo que había sucedido momentos antes.

Tras unos momentos de reflexión, decidió hacer una nueva prueba. Era obvio que había subido al techo, absorto en sus meditaciones, lo cual podía entrañar un extraordinario caso de levitación por autosugestión, pero, ahora, con plena consciencia de sus acciones, ¿por qué no intentar la prueba?

Primero cerró la puerta con llave. Luego levantó el pie derecho y lo apoyó en la pared.

Después levantó el pie izquierdo. Inmediatamente, se encontró con que la pared era ahora el «suelo».

—Y no me caigo —dijo, pasmado.

Siguió caminando por el nuevo suelo. Llegó al techo.

El fenómeno persistía. Desde arriba, Ray divisó el palito del fósforo encendido antes del jaleo.

—Ahora me explico por qué, al tirarlo, «subía» en lugar de bajar.

Pero sus ropas se mantenían en estado normal, aun hallándose cabeza abajo: la chaqueta no volteaba, ni la corbata se le subía a la cara, ni los pantalones se remangaban.

—Debe ser que todo lo que está en contacto directo conmigo queda afectado por este extraño fenómeno —se dijo.

Para comprobarlo, sacó el pañuelo de pecho, extendió la mano y lo soltó.

El pañuelo pareció subir, dada su posición, pero, en realidad, caía al suelo.

—¿Cómo diablos habré adquirido yo esta facultad? —se preguntó, sumamente desconcertado.

En aquel momento, sonó el teléfono.

* * *

Ray corrió por el techo y la pared y luego por el suelo. Alcanzó el teléfono y lo levantó.

—Habla Felton —dijo.

Alguien rugió su nombre al otro lado de la línea:

—¡Ray!

El joven se sobresaltó. Reconocía de sobra aquella voz que parecía reflejar un estado crónico de irritación.

—¡Tío Pete!

—El mismo, maldito sobrino. Oye, pedazo de bruto, ¿qué es eso de enviarme a una estúpida como mecanógrafa? ¡Yo no necesito mecanógrafas de ninguna clase! ¿Te enteras?

—Pero, tío…

—No vuelvas a hacerme una cosa semejante o te desheredo. ¿Es que no sabes que toda mi fortuna será tuya cuando yo me muera?

Ray se enfadó.

—Tío Pete tienes cuarenta y siete años y la salud de un roble —dijo—. Si espero para ser rico a que tú te mueras, les habrán salido canas hasta a mis nietos y eso que todavía no me he casado.

—Está bien, como quieras, pero no me envíes más gente a casa.

—Yo lo hice porque…

—¡No me interesan tus explicaciones! ¡No quiero curiosos en casa! Mis trabajos son importantísimos y deben permanecer en el más absoluto secreto, ¿te enteras?

Sonó un «clic». Ray miró el teléfono, perplejo.

—Pues sí que se ha levantado hoy de buen humor —comentó—. Además, a sus años, tener una secretaria como Gladys es como para dar saltos de alegría todas las mañanas.

Colgó el teléfono, y se encogió de hombros.

—Desheredarme —bufó—. ¡Qué idiotez!

Los problemas con su tío eran muchísimo menos preocupantes

que los que atosigaban su cerebro.

—De modo que puedo caminar por las paredes y el techo —se dijo—. ¿Por qué?

Ray se dio cuenta de que aquel día ya no haría nada a derechas en el despacho, así que decidió darse vacaciones a sí mismo durante el resto de la jornada.

—Y si el viejo se enfurece, peor para él.

* * *

Eran las once de la noche.

Ray se había acostado, pero pronto se percató de que no conseguiría dormirse. Todas las pruebas que había hecho acerca de su poder de levitación, habían dado resultado positivo.

¿Qué le pasaba? ¿Cómo había adquirido semejantes poderes?

La luz se encendió de pronto. Ray se dio cuenta de que había deseado que se encendiera.

—Sólo me faltaba esto —gimió.

Abandonó la cama.

—Quiero vestirme —dijo en voz alta.

Las ropas volaron mansamente hacia él. Apenas si tuvo otra cosa que hacer que meterse en ellas.

Los zapatos se deslizaron suavemente por el suelo hasta sus pies. Ray se calzó sin agacharse y los cordones se anudaron por sí mismos.

—¡Dios mío! ¡Me he convertido en un fenómeno! —exclamó.

Y para despejar su mente un poco y aunque era ya muy tarde, cerca de medianoche, decidió salir a dar un paseo.

CAPÍTULO III

Las calles de la ciudad estaban prácticamente desiertas. Ray caminó a lo largo de las aceras, tratando de coordinar el torbellino de ideas que rugía silenciosamente en el interior de su cerebro.

¿Quién le había otorgado aquellas cualidades fenomenales?

De repente, dos individuos malencarados aparecieron de una esquina y se le acercaron con modales poco amistosos.

—Venga —dijo uno de ellos—. Suelte la «pasta» que lleve encima.

—O lo enviamos al otro barrio —amenazó el segundo.

Ray los miró fijamente. Retrocedió un paso.

Los rufianes avanzaron. De pronto, Ray dio media vuelta y echó a correr.

—Vamos a por él —gritó uno de los atacantes.

Los dos hampones corrieron tras Ray, cuyo aspecto distinguido había llamado su atención y del que esperaban obtener un buen botín como premio de su «excursión» nocturna. Ray volvió una vez la cabeza y apretó el paso.

—¡Párate, maldita sea! —gruñó uno de los ladrones.

—No hay derecho —se quejó el otro—. Hacen trabajar demasiado a las personas que tienen que ganarse la vida.

Ray dobló una esquina. Un poco más allá, estuvo a punto de tropezar con una joven.

—Dispense —se excusó. Y siguió corriendo.

—No hay de qué —contestó ella, sin mirarle.

Los ladrones aparecieron a poco, pero no vieron a la joven, que se había guarecido en un portal. En aquel momento, Ray doblaba la otra esquina.

—Es increíble.

—Corre como un gamo.

Ray había apretado más el paso todavía. Ahora su velocidad era algo indescriptible.

Hubiera ganado a un caballo al galope, dejándolo en ridículo. Dio la vuelta entera a la manzana y pasó como una mancha oscura y confusa delante de la joven.

Los ladrones continuaban corriendo. Ray alcanzó al último y le tocó en el hombro.

—Hola, estoy aquí —dijo sonriendo.

El hampón volvió la cabeza.

—¿Por qué corre tanto? —preguntó, con la lengua fuera—. ¿Es que quiere reventarnos?

Su compañero se detuvo. Ray siguió adelante, chocó con él, lo atropelló y continuó corriendo.

El segundo de los ladrones estaba a punto de echarse a llorar.

—Vámonos, Jake —propuso, mientras su compañero hacía inauditos esfuerzos para ponerse en pie—. La próxima vez que vaya a robar a un hombre, le preguntaré antes si es campeón de atletismo.

Los dos individuos se marcharon, apoyados el uno en el otro, literalmente derrengados. Mientras, Ray terminaba de dar la vuelta por tercera vez a la misma manzana.

Refrenó el paso. La chica asomaba en aquel momento la cabeza por el portal, pero vuelta de espaldas a él.

Ray se sintió lleno de curiosidad por la actitud de la joven.

—Hola —saludó.

—Silencio —exclamó ella imperativamente, sin volver la cabeza —. No haga ruidos delatores.

—¿Pasa algo grave? —preguntó Ray a media voz.

—No, sólo estoy espiando.

Ray se sintió sumamente intrigado por aquella respuesta.

—¿Es usted espía? —preguntó.

—No.

—Ah, como dijo que estaba espiando…

—Espío porque debo espiar, pero no porque me guste estar espiando continuamente —contestó la joven.

—Ah, vamos, un capricho como otro cualquiera.

—Lo mío no es un capricho. Me gano la vida así.

—¿Espiando?

—Sí… No, hombre, no sea tonto. Lo de espiar no es sino un tópico… Vaya, ese tipo no acaba de salir nunca —exclamó ella, enojada.

—¿Quién es ese tipo?

—El hombre a quien estoy espiando.

—¿Es otro espía?

—Pues… casi es para afirmarlo… pero no sale.

—¿Dónde está? —preguntó Ray.

—Allí, en la manzana siguiente, dentro de aquel bar del rótulo rojo.

—¿Quiere que la ayude, señorita? Oh, perdón, no me he presentado todavía. Soy Ray Felton.

Ella se volvió y le miró con curiosidad. Era una joven bonita, de unos veinticinco años, pelo negro y ojos rasgados.

—Me llamo Violeta Dunn —contestó.

—Violeta —repitió él—. El nombre me gusta.

—Gracias. Antes dijo que quería ayudarme, Ray.

—Así es, Violeta.

—Bien, vaya a la puerta del bar y sitúese junto a la entrada. Saldrá un tipo grueso, con un gran bigote. Si viene hacia aquí, no haga nada. Si se aleja en sentido contrario, encienda un cigarrillo. Yo veré la llama de su fósforo, ¿entendido?

—Muy bien, Violeta. ¿Eso es todo?

—Sí… Oiga, Ray, ¿por qué le perseguían antes esos dos tipos?

—Oh, eran dos cuervos nocturnos. Querían robarme —replicó el joven, sonriendo.

Ella le contempló admirada.

—Los dejó agotados —declaró.

—Bueno, hice un poco de ejercicio —confesó él modestamente —. De acuerdo, Violeta; le haré la señal convenida si el «Bigotes» se marcha hacia allí.

—Gracias, Ray —dijo la joven, y le dedicó una sonrisa.

Ray caminó a buen paso hasta situarse junto a la puerta del bar. Echó una ojeada por una de las ventanas y divisó al «Bigotes» charlando animadamente con un individuo.

De pronto, el otro tipo entregó a «Bigotes» un paquete que a Ray se le antojó sumamente sospechoso. «Bigotes» se lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta y se puso en pie. «Dinero», adivinó el

joven.

Ray sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. El gordo salió del bar instantes más tarde.

Pero no fue hacia un lado ni al otro. Simplemente, atravesó la acera, abrió la portezuela de su coche y se metió dentro. Segundos después, arrancaba a toda velocidad, dejando a Ray completamente desconcertado.

Violeta se le acercó casi en seguida. Estaba furiosa.

—No ha hecho la señal —le recriminó.

—Lo siento. Usted no me indicó más que dos opciones. Podía haber mencionado la tercera.

Ella hizo un gesto de desesperación.

—Se me ha escapado, y ahora sólo Dios sabe dónde habrá ido —exclamó.

—¿Es que no sabe dónde vive? —preguntó Ray.

—Si lo supiera, no estaría tan furiosa —contestó Violeta.

—¿Y su coche?

—Se me estropeó a dos manzanas de aquí, justamente cuando venía para espiar a «Bigotes». ¿Cree que de otro modo no le habría perseguido?

Ray tomó una de las manos de la chica.

—Resignación, Violeta. La vida del espía es así; hoy fracaso, mañana éxito. Ojalá consiga pronto espiar a «Bigotes» a su gusto.

Y se alejó silbando alegremente, antes de que Violeta, aturdida, hubiera tenido tiempo de reaccionar.

* * *

Por la mañana le despertó el timbre del teléfono, cuyo sonido le pareció infinitamente más dulce que el de la voz de su prometida cuando le habló:

—¡Ray! ¿Por qué no has venido a verme? —gritó Minerva—. ¿Es que no te das cuenta de que llevas dos días sin acercarte por casa?

—Sí, me doy cuenta y…

—Papá está furioso contigo. Dice que andas por las paredes como una mosca. ¿Es eso cierto?

—Sí, querida.

—Vamos, tienes ganas de bromear. En cuanto a papá, sufrió una

alucinación. El médico le ha dicho que tiene que tomarse un mes de vacaciones…

—Por mí, se puede tomar todo lo que le queda de vida.

—¡Ray! ¿Qué maneras de expresarte son ésas? —protestó Minerva indignada.

—Las que quiero; he dicho sólo la verdad de lo que pienso. Y, ¿quieres saber otra cosa? Olvídame nena.

—¡¡Cómo!!

—Ya lo has oído. Tú y yo acabamos de romper para siempre…

—¡Papá te despediráaaa…!

—Lo dudo mucho, porque no pienso ir más por aquella infecta oficina.

Ray colgó el teléfono. El chillón «bla, bla» de Minerva se apagó en el acto.

—¡Uf, qué alivio! —dijo—. Debería haberlo hecho hace un año. Ahora me siento infinitamente mejor.

Y para demostrar su alegría, pegó un grito salvaje.

En el aparador de los licores se rompieron dos copas. Ray oyó el ruido y adivinó lo ocurrido.

—¡Qué bruto soy! —exclamó, mientras se tiraba del lecho.

Lo primero que hizo fue meterse bajo la ducha. Cuando salió, se vistió y se dirigió hacia la cocina, dispuesto a prepararse un suculento desayuno.

A mitad de camino le asaltó un inconfundible olor de café recién hecho y huevos con tocino. De pronto, se acordó de sus excepcionales facultades.

—A ver si me encuentro ya el desayuno hecho —dijo.

Abrió la puerta de la cocina. Una melodiosa voz declaró:

—Un momentito, Ray; el desayuno estará listo dentro de cinco minutos.

Ray se quedó con la boca abierta al ver aquella despampanante rubia que trasteaba en la cocina, vestida con una mínima cantidad de ropa en forma de traje de color azul eléctrico.

—¿Qui… quién es usted? —balbuceó.

—Laura Carroll —contestó la rubia dulcemente—. Anda, Ray, siéntate; puedes ir tomando una taza de café mientras los huevos terminan de freírse.

Ray obedeció, atónito. Laura se volvió y le miró hechiceramente

por encima de su hombro derecho.

—¿Sorprendido?

—¡Y de qué manera! —exclamó él—. Laura, no sé quién eres, ni qué haces en mi casa, salvo prepararme el desayuno, pero, ¿puedes contestarme al menos a una pregunta?

—Sí, cariño. ¿De qué se trata?

—¿A qué has venido a mi casa?

Laura retiró la sartén del fuego y vertió su contenido en un plato, que colocó delante del joven. Luego se inclinó con gesto harto tentador y le miró profundamente.

—Tengo que pedirte un inmenso favor, Ray —dijo con voz insinuante.

Ray tomó una rebanada de pan y empezó a mojarla en el mantel. Luego se la llevó a la oreja.

—¿De qué se trata, preciosidad? —preguntó embobado.

Laura dio la vuelta a la mesa y se sentó en sus rodillas, echándole luego los brazos al cuello.

—¿Me lo concederás? —preguntó.

—Bu… bu… bu…

Laura se alarmó.

—¿Te pasa algo, Ray?

—No, sólo quería decir que bueno…

—¡Oh, qué feliz soy! —Laura emitió un gritito, a la vez que le mordisqueaba en una de sus orejas—. ¿Me vas a hacer ese favor, cariñito?

—Sí, dulzura. ¿De qué se trata?

Laura frotó su nariz con la de Ray.

—Tú tienes un tío que se llama Curlinghame…

—¡Tío Pete!

—El mismo, amorcito. Sé que tiene una plaza vacante de mecanógrafa y yo…

—¡Oh, qué escena tan conmovedora! —exclamó de súbito una voz femenina, con indudables matices burlones.

CAPÍTULO IV

Ray volvió la cabeza y divisó a Violeta Dunn parada en la puerta de la cocina. Inmediatamente soltó un grito:

—¡Violeta!

Luego se puso en pie, sin acordarse de que tenía a Laura sentada sobre sus rodillas. La rubia resbaló y quedó en el suelo con los pies por alto, enseñando un fascinante panorama de encajes y puntillas.

—¡Ay! —se quejó Laura.

—Violeta, ¿qué hace usted aquí? —preguntó Ray, estupefacto.

—Interrumpir, por lo visto —contestó ella sarcásticamente.

Laura se puso en pie.

—¡Otra mecanógrafa! —chilló.

—¿Ella… mecanógrafa? —dijo Ray, al borde de la locura—. Pero no dijo anoche que era…

—Y lo sigo siendo —admitió Violeta con toda tranquilidad—. Por eso estoy aquí.

—Que me ahorquen si lo entiendo —masculló Ray,

Miraba a Violeta y ahora, a plena luz del día, apreció la rotundidad de sus formas. Vestida con un ajustadísimo traje de una sola pieza, de color rojo, Violeta parecía una estatua de fuego. Los ojos eran verdes, notó Ray.

Del brazo izquierdo de Violeta pendía un bolso que hacía juego con su aparatosa indumentaria. De pronto, Violeta movió el pulgar señalando hacia la puerta.

—Vamos, rubia, lárgate —ordenó.

Laura se encrespó.

—¿Qué pasaría si no me quisiera ir? —preguntó desafiante.

—Intenta quedarte y lo verás —contestó Violeta.

Ray adivinó la pelea y quiso evitarla.

—Chicas, no se exciten… ¡Augh!

Se dobló sobre sí mismo. Laura acababa de golpearle en el estómago, con el filo de la mano izquierda, sin mirarle siquiera. Luego hizo una seña retadora a Violeta.

—Ven a echarme, morena.

Violeta dejó el bolso a un lado y avanzó hacia Laura. Ray se retiró a un rincón a meditar tristemente sobre los huevos con tocino que se estaban congelando en el plato.

Laura amagó con la izquierda. Violeta extendió la mano derecha, agarró la muñeca de Laura y pegó un tremendo tirón hacia sí, a la vez que levantaba venenosamente el brazo izquierdo.

La rubia chilló. Violeta le golpeó sin compasión en el estómago y, cuando Laura se agachó, le soltó una tremenda palmada en el final de la espalda.

Laura salió disparada, dio dos volteretas y rodó por el suelo del salón. Violeta la siguió, llevando consigo el bolso de la expulsada.

Violeta abrió la puerta. Cuando Laura se levantó, la agarró por un brazo y la sacó a empellones al corredor. Luego tiró el bolso a través del hueco y cerró la puerta.

Regresó a la cocina. Ray se había sentado y estaba tomándose una taza de café, con aspecto desmadejado.

—A mí me va a dar algo —dijo.

—Hola —dijo Violeta—. ¿Se encuentra mejor?

—Estoy hecho polvo —confesó Ray—. Pero ¿qué diablos pasa aquí? ¿Es que yo también soy objeto de sus espionajes?

—Mire por dónde, así ha resultado —declaró ella con desenvoltura—. ¿Puedo servirme una taza de café?

—Mi negativa no la afectaría en absoluto —refunfuñó el joven —. Minerva tenía razón; yo estaría mejor en mi oficina, que no metido en todos estos jaleos que no comprendo…

—¿Se refiere a su prometida?

—Sí, claro… Oiga, ¿cómo lo sabe usted?

Violeta sonrió.

—Para algo soy espía, ¿no?

—Espía, espía… ¿De quién? ¿Para qué? —clamó Ray, exasperado.

—Un momento, hombre; todo tiene su explicación en este mundo. ¿A qué vino esa rubia teñida?

—Hombre, no sé si sería teñida o no, pero era guapísima.

Mejorando lo presente, claro.

—Gracias —respondió Laura con sequedad—. Pero todavía no ha contestado a mi pregunta.

—Ella misma lo hizo cuando dijo que usted era otra mecanógrafa. ¿Es que no lo oyó usted, Violeta?

—Pero yo no soy mecanógrafa.

—Ya lo sé, es una espía. ¿De quién, Violeta? ¿Contra quién?

—Ah, pregunta usted demasiado, Ray. ¡Qué casualidad, mira que ir a tropezarme anoche con el sobrino del profesor Curlinghame!

—Y dale… ¿Qué tengo yo que ver con mi tío, aparte del parentesco? ¿Es que se ha dedicado a vendedor de droga?

—No diga tonterías —refunfuñó Violeta—. Su tío hace cosas mucho más interesantes que elaborar drogas. Por eso estoy yo aquí.

—Sí, para espiar, haciéndose pasar por mecanógrafa. ¿Sabe lo que dice mi tío al respecto?

—No. Dígamelo usted, Ray.

—Lo siento. No quiero herir sus oídos.

—Suelta palabrotas, ¿eh?

—¡Y de qué calibre! Pero, oiga, ¿qué está haciendo mi tío que ha despertado de repente tanto interés?

—¿Por qué no vamos a preguntárselo los dos?

Ray vaciló ante la sugerencia de Violeta.

—Tiene un genio infernal —dijo temerosamente.

—Cualquiera diría que es un ogro.

—Pues no le falta mucho, no se vaya a creer…

—Eso es porque no ha encontrado una mujer capaz de domarlo.

—Es un misógino furibundo. Detesta a las mujeres.

Violeta sonrió con malicia.

—Las detestará hasta que encuentre a su media naranja —contestó—. Bien, ¿vamos a verle?

—Usted es la tercera chica que me habla de mi tío en poco más de veinticuatro horas. Esto me empieza ya a intrigar, francamente.

—Entonces, vamos a su laboratorio y su curiosidad quedará satisfecha.

—Y la suya también, ¿no? Oiga, ¿qué fue de «Bigotes»?

—Ya aparecerá —respondió Violeta—. ¿Listo, Ray?

El joven extendió los brazos en un gesto de resignación.

—Pienso en la forma en que ha sacado a Laura Carroll, así que no tengo otro remedio que acompañarla —contestó.

—Usted debería hacer ejercicio, está muy flojo de músculos —dijo Violeta, mientras se encaminaban hacia la puerta.

—Detesto la gimnasia —rezongó él.

Y no pudo decir más, porque tres hombres acababan de entrar en la casa, uno de ellos armado con una metralleta de aspecto pavoroso.

—¡«Bigotes»! —gritó Violeta, al reconocer a uno de les intrusos.

* * *

El bigotudo le pareció a Ray mucho más gordo a la luz del día y su mostacho, de doble tamaño. Los dos sujetos que le acompañaban eran completamente diferentes en lo físico.

Uno de ellos era altísimo y sumamente delgado, con unas piernas inacabables. El otro era mucho más bajo, aunque no grueso, y de pómulos salientes.

—El mismo, Violeta Dunn —confirmó «Bigotes».

—Y viene usted acompañado de «Zancos» y de «Yema» —dijo ella.

Ray comprendió el primer apodo, pero el segundo se le antojó ininteligible.

—¿Por qué le llaman así? —preguntó.

—Una vez tuvo ictericia y se le puso la cara de chino.

—Ah, amarilla como la yema de un huevo.

—Sí, ¿y qué? —gritó furioso el aludido.

—Bueno, hombre, yo no quise molestarle…

—¡Basta de charla! —cortó el gordo—. Violeta, déme lo que tiene en el bolso.

Ella apretó el bolso contra su pecho.

—No —contestó.

El de la metralleta, que era el más bajito, dio un paso hacia delante.

—¿Nos da el bolso o se lo quito yo a su fiambre? —dijo en tono truculento.

—¿Sería capaz de disparar? —preguntó Ray.

—¡Pues claro que sí! —contestó «Yema» de mal talante.

—¿Con ese trasto? Si es de mantequilla pintada —dijo Ray en tono desdeñoso.

—Conque de mantequilla, ¿eh?

—Sí, de mantequilla. Y se lo voy a demostrar ahora mismo.

Ray se acercó al pistolero y agarró la metralleta con ambas manos, antes de que el asombrado individuo tuviera tiempo de oponerse. Hizo un poco de fuerza y curvó el cañón en U, de tal modo que la boca de fuego apuntaba ahora a la cara de «Yema».

—¡Rayos! —dijo «Zancos».

En cuanto a «Bigotes» tenía la boca abierta de par en par.

—Increíble —dijo.

Ray volvió la vista hacia Violeta. Ella no estaba menos asombrada que los otros.

—¿Qué le ha parecido, «ricura»? —preguntó.

«Bigotes» soltó de pronto un alarido.

—¡Vamos, a por el bolso!

Violeta reaccionó. El bajito se le echó encima, pero ella levantó la rodilla y «Yema» rebotó, soltando unas cuantas palabrotas.

«Zancos» cargó contra Ray. El joven dio media vuelta, echó a correr, se subió por la pared, siguió corriendo por el techo, con la cabeza hacia abajo, y descendió por la pared opuesta, llegando justo a tiempo de asestar a «Bigotes» una tremenda patada en el final de su carnosa espalda.

El «gordo» dio un salto hacia delante, voló un poco aterrizó sobre una mesa, que hizo astillas con su peso, y rodó por el suelo, completamente aturdido.

«Yema» estaba en el suelo, atendiendo a su nariz. El larguirucho buscaba a Ray por todas partes.

—¿Dónde estás? —rugió—. Sal de ahí, que yo te vea.

—¿Por qué no subes aquí? —le invitó Ray desde el techo, adonde había subido nuevamente.

«Zancos» levantó la vista. Vio aquello y bizqueó un instante antes de desplomarse sin sentido.

Las rodillas de Violeta entrechocaron.

—¡Ray! ¡Bájese de ahí! —gritó.

—¿Por qué? —replicó el joven riendo—. Si estoy muy bien aquí.

«Yema» miró hacia arriba un instante y luego se tapó los ojos con las manos.

—Si sigo aquí un momento más, voy a enloquecer —dijo.

Y salió disparado hacia la puerta.

El gordo se levantó penosamente. Se dirigió renqueando hacia la salida, no sin dirigir antes una venenosa mirada a la muchacha.

—Volveremos a vernos —prometió,

—¡Eh, no me gusta que me dejen basura en casa! —protestó Ray desde el techo—. Llévese a ese saco de huesos.

«Zancos» se levantaba en aquellos momentos. Miró otra vez hacia arriba y salió a la carrera, casi atropellando a su jefe, quien le siguió unos segundos después. Ray y Violeta volvieron a quedar solos.

CAPÍTULO V

Ray caminó por el techo primero y luego por la pared y, al fin, llegó al suelo. Violeta le contemplaba estupefacta.

—¿Cómo ha conseguido ese truco? —preguntó la muchacha.

—No es ningún truco —respondió él, mientras se acercaba al sitio donde estaba caída la metralleta inutilizada.

—¿Hipnotismo?

—Realidad absoluta, Violeta. ¿No me vio correr la otra noche delante de los ladrones?

—Sí. Fue algo asombroso, Ray.

—¿Qué me dice de la metralleta?

—Apenas si puedo dar crédito a mis ojos. Cualquiera diría que es usted un superhombre.

—Llevo camino de serlo, Violeta.

—¿Todavía más, Ray? —exclamó ella, atónita.

Ray se mordió los labios.

—Estoy preocupado —confesó,

—¿Por qué?

—Estas cosas que me pasan. No es natural, ¿comprende?

—No mucho, Ray. Jamás había visto cosas como las que ha hecho usted. Oiga, ¿no se deberá a alguna mutación genética por alteración de los factores hereditarios?

—¿Yo, un mutante? Vamos, ni lo sueñe. Mis padres fueron perfectamente normales, Violeta.

—Pues entonces, no lo entiendo, se lo confieso.

—Si no lo entiendo yo mismo, ¿cómo puede esperar entenderlo usted? Y, a propósito, hablando de otra cosa; ¿qué lleva en ese bolso?

Violeta lo apretó contra su pecho.

—Nada —contestó.

—Pues «Bigotes» y los otros no vinieron precisamente para buscar un bolso vacío.

—No está vacío, pero lo que contiene no le interesa a usted.

—Ya, ya —dijo él con sorna—. Sólo debe interesarme llevarla a usted a casa de mi tío, el profesor Curlinghame.

—En efecto, Ray.

—Oiga, ¿qué está haciendo mi tío que, de repente, ha resultado tan interesante para muchas personas a la vez? Usted que es espía lo sabrá, ¿verdad?

—En parte sí. ¿No lo sabe usted?

—¿Yo? —Ray se echó a reír—. De mi tío sólo sé que es un sabio excéntrico, que se dedica a raros experimentos, por fortuna, sin animales, pero sin que tenga la menor idea de lo que pretende con tales experimentos.

—Usted le tiene por un sabio chiflado, de los de chiste, ¿verdad?

—Sí —admitió Ray—; y lo que más me extraña es que no haya saltado con su laboratorio por los aires.

—Bueno, quizá él nos diga ahora algo acerca de sus trabajos. ¿Vamos?

Ray se encogió de hombros.

—Usted es una inconsciente. No sabe dónde va a meterse, Violeta —dijo en tono pesimista.

—Vamos, vamos, no es tan fiero el león como lo pintan.

—Éste es más, ya lo verá.

* * *

Ray detuvo el automóvil ante la puerta que cerraba el acceso al jardín que rodeaba la residencia de su tío. Había una elevada tapia que impedía ver lo que había al otro lado, pero la verja estaba entreabierta.

—¡Hum! —dijo Ray, al tiempo de apearse—. Esto no me gusta.

—¿Qué es lo que no le gusta?

—La verja. Tendría que estar cerrada.

—¿Teme algo?

—No sé —dudó él—. Vamos a ver.

Empujaron uno de los dos batientes y avanzaron a lo largo del sendero enarenado que conducía a la casa. Violeta hizo un gesto de

decepción.

—Podría ser un jardín más hermoso si alguien cuidase de él —dijo.

—Los únicos vegetales del agrado de mi tío son los que pueden ir a parar al plato —contestó Ray irónicamente.

—Entonces, ¿por qué vive aquí?

—Por la soledad, Violeta.

—Ah —dijo la muchacha.

De repente se abrió la puerta y un hombre salió rodando por los cuatro escalones que permitían el acceso a la casa, hasta detenerse en el suelo del jardín.

—¡Fuera, miserable! ¡Váyase inmediatamente de aquí o lo correré a escopetazos! ¡Y dígale al director de su infecto periódico que, si vuelve a enviarme a otro entrometido, lo coceré vivo en mi caldera!

El periodista estaba aterrado. Se levantó, sacudiéndose el polvo de la ropa, y miró a los recién llegados.

—Ese hombre está loco de remate —dijo—. Deberían encerrarle en un manicomio y… ¿Van ustedes a ver al profesor?

—Sí —contestó Ray.

—Entonces, hagan testamento antes de entrar en la jaula de la fiera —exclamó el periodista con acritud.

Y se marchó a todo correr.

Una cabeza asomó por la puerta del edificio, que era de relativa amplitud y con dos pisos.

—¿A qué has venido, Ray? —preguntó el profesor.

—Hola, tío —dijo Ray, agitando una mano en señal de saludo—. ¿Estás visible?

—No soy de vidrio —refunfuñó Curlinghame—. ¿Quién es esa chica que te acompaña?

—Ah, se llama Violeta Dunn, tío.

—¿Y qué quiere? ¿Acaso busca un empleo?

—No lo sé, tío; ella dice que es espía.

—¡Tonto! —dijo Violeta a media voz—. ¿Por qué le ha dicho eso?

—¿Qué quiere usted que responda? ¿Acaso tiene otra profesión para las horas libres de espiar?

—Quiero hablar un poco con usted, profesor —dijo Violeta,

alzando la voz—. Le aseguro que no soy periodista y, en cuanto a lo de espía, se trata de una broma de su sobrino.

—Ray tiene el mismo sentido del humor que un pulpo borracho; es decir ninguno —contestó el profesor en tono virulento—. Está bien, entrad de una vez y veré si puedo atenderos.

—¿Estás solo en casa, tío? —preguntó Ray, al cruzar el umbral.

Curlinghame caminaba ya hacia la escalera que conducía al sótano.

—Tenía un criado, pero se despidió ayer —respondió.

Violeta pasó el dedo por la polvorienta superficie de una consola.

—Harto de aguantar su mal genio, supongo —dijo.

Curlinghame se volvió hacia ella.

—Por lo que oigo, no tienes pelos en la lengua, ¿eh?

—Para decir que tiene usted un genio de todos los diablos, no se necesita ser una fresca —respondió ella con desenvoltura.

Iniciaron el descenso.

—Oye, Ray —preguntó el profesor—, ¿por qué tenías tanto empeño en enviarme una mecanógrafa?

—Yo no tenía ningún empeño; eran ellas.

—¿Y cómo sabían que la necesitaba?

—Ah, pero ¿la necesita? —preguntó Violeta, muy interesada.

Curlinghame dudó.

—La mujer que venga aquí tendrá que saber taquimecanografía, para tomar mis apuntes al dictado… y también tendrá que saber dirigir una casa.

—Y barrer y limpiar y cocinar, ¿no?

El científico suspiró.

—Pues sí, tendría que saber de todo —admitió.

Llegaron al sótano, que era muy amplio y estaba bastante iluminado, en el que se veían algunos extraños artefactos, de metal y vidrio, y cuya utilidad resultaba completamente desconocida para el joven. Todo el descuido que se veía en la casa, polvo, suciedad y desaseo, faltaba por completo en el laboratorio, de una limpieza y pulcritud absolutas.

De pronto, Violeta divisó un teléfono sobre una mesita.

—Pues, en ese caso, no se preocupe; antes de una hora tendrá aquí quien le atienda, profesor —ofreció.

Se acercó al teléfono y marcó un número. Poco después, decía:

—¿Eres tú, tía Nina? Oye, ¿no buscabas un empleo? Pues ya lo tienes. Arregla tus cosas y ven al número dos mil ciento treinta de East Road. Llama a la cancela de afuera y… Espera un momento. Profesor —preguntó—, ¿estará abierta la verja cuando llegue mi tía?

—Dígale que llame. El mecanismo de apertura es eléctrico; lo que pasa es que me olvidé de accionarlo cuando vino aquel maldito periodista.

—Está bien. Tía, cuando llegues llama al timbre. La puerta se abrirá automáticamente. Eso es todo… Nada de gracias, para eso somos de la familia, ¿no?

Violeta colgó y se encaró sonriente con el profesor.

—Solucionado el problema —dijo.

—Espero que su tía Nina sepa hacer todo lo que dije —refunfuñó Curlinghame.

—Y más todavía —contestó ella—. Y ahora, hablemos de lo nuestro, profesor,

—Sí, hablemos. ¿A qué has venido aquí, muchacha?

—Soy agente del gobierno —declaró Violeta—. Mi misión es oficial y consiste en solicitar de usted que acceda a permitir la oficialización de sus experimentos.

Curlinghame pegó un respingo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó.

—Ya lo ha oído, El gobierno quiere declarar materia oficial sus experimentos y me ha comisionado a mí para que firme usted un documento en tal sentido.

Violeta se volvió hacia Ray.

—Eso es lo que contiene mi bolso —explicó.

Hubo un momento de silencio. Luego, el profesor explotó:

—¡No, no y mil veces no! ¡No quiero nada con el gobierno! ¡Gracias a Dios, tengo mi fortuna personal para no necesitar sus malditas subvenciones, que me obligarían a hacer lo que ellos quisieran! ¡No, no y no! ¿Lo has comprendido, Violeta?

La joven no pestañeó siquiera. No se inmutó por la furiosa actitud de Curlinghame, que parecía ir a comérsela a dentelladas.

Era alta y bien plantada, pero casi parecía una chiquilla delante del fornido gigantón que era el profesor. La furia de Curlinghame

era tal, que Ray creyó que se le habían erizado los pelos de sus espesas cejas.

—Quien no ha comprendido es usted —dijo Violeta, impertérrita —. El gobierno desea declarar asunto oficial sus experimentos, pero no habrá intromisión alguna ni siquiera en el supuesto de que necesitase usted dinero para proseguirlos, dinero que se le facilitaría en el acto, por la cantidad que usted mismo fijase y sin ulterior fiscalización.

Las condiciones eran harto ventajosas, pensó Ray.

Pero ni aun así consiguió Violeta sus propósitos.

—Olvídalo, chica —respondió Curlinghame—. La respuesta es y será siempre no.

Violeta insistió. A Ray empezó a aburrirle aquella discusión.

Era como un martillo de goma, de juguete, golpeando contra una roca de granito. Se acercó a una mesa de trabajo y curioseó lo que había allí encima, sobre todo, una gran hoja de papel llena de números y cifras, que recorrió con la vista distraídamente.

De repente exclamó:

—Tío, estoy viendo aquí algo que no es correcto.

CAPÍTULO VI

La discusión cesó casi en el acto. Curlinghame se acercó a grandes zancadas a la mesa y lanzó un vistazo al papel.

—¿Qué es lo que no está bien? —preguntó.

—El factor «VF2» —contestó Ray—. Está en completa discordancia con el subfactor «NS7», lo que provoca un desfase en la correlación de las proporciones progresivas. En mi modesta opinión, la ecuación correcta es raíz cúbica de VF2…

Ray habló durante algunos minutos, escuchado con infinita atención por su tío. Para terminar, dijo:

—De este modo, la proporción progresiva correcta sería 2, 4, 4,5 4,55 y así sucesivamente, hasta alcanzar el valor «E1» final, que daría paso franco a la siguiente fase.

Curlinghame estaba estupefacto.

—Pero ¿de dónde has sacado tú esos cálculos? —exclamó.

Ray se encogió de hombros.

—Me ha bastado un simple vistazo para verlos —contestó.

—Un simple vistazo —mascculló el profesor—. A mí me costó dos días con sus noches y tú lo has visto en dos minutos. ¿Cómo puedes decirlo, si apenas sabes sumar el dinero de tu sueldo?

—Como quieras —respondió el joven en tono indiferente—. Pero sólo de ese modo podrá pasar a la siguiente fase. ¿Nos vamos ya, Violeta?

—Sí, cuando quieras, Ray —accedió la muchacha.

—Tío, llámame cuando hayas hecho tus nuevos cálculos —dijo el joven por encima del hombro, mientras se dirigían hacia la salida.

Curlinghame no contestó. Lápiz en ristre, se había enfrascado en sus cálculos, olvidándose de cuanto le rodeaba.

Salieron al exterior, Violeta estaba muy seria.

—¿Decepcionada? —preguntó él.

—Sí, ¿para qué negarlo?

—Es un poco raro, pero lo conseguirá.

—Lo dudo mucho. No he visto en mi vida hombre más terco.

—Dígamelo a mí —contestó Ray con una risita—. Por cierto, ¿sobre qué versan esos experimentos?

—Entre otras cosas, climatización.

—Ah ya, aparatos de aire acondicionado…

—No, nombre, no; climatización de la atmósfera.

Ray la miró estupefacto a la joven.

—¿Quiere decir… alterar el clima a voluntad?

—Sí.

—Pero eso… ¡es fantástico!

—Según los experimentos de su tío, menos fantástico de lo que parece. ¿Cómo sabía usted que los cálculos del profesor estaban equivocados?

Ray se quedó parado.

«Sí, ¿cómo lo sabía yo?», se preguntó.

—Ah, fue un tiro al azar y di en el blanco —contestó displicentemente, mientras ponía el motor en marcha.

* * *

Se habían separado en el centro de la ciudad. Ray, ahora, paseaba por la sala de su casa, pensando en todo lo que le había ocurrido últimamente.

—¿Qué es lo que me está sucediendo? —se preguntaba una y otra vez.

Porque ahora ya no se trataba de una potencia física fenomenal, ni siquiera de la sorprendente facultad de caminar por techos y paredes. No, había algo más: sabía matemáticas puras, él, que no había pasado de lo más elemental en cuestión de números.

De repente, sin saber por qué, se acordó de Kurkik.

¿Qué le había dicho en el parque, después de salvarle del acoso del ladrón?

«Una figura atlética, unas cualidades físicas y una inteligencia excepcionales… y hasta el poder de la levitación».

¿Quién era Kurkik? ¿De dónde había salido?

De pronto, alargó la mano hacia el teléfono. El disco de los números se movió por sí solo. Al terminar de marcar la cifra requerida, el aparato voló hasta su oreja derecha.

—Hotel *Silver Crown* —dijo una voz femenina.

—Póngame con recepción, por favor… ¿Recepción? Deseo hablar con el señor Kurkik. Sí, ya espero… ¿Cómo, que no se aloja ahí una persona con ese apellido? Escuche, se lo voy a deletrear: K-u-r-k-i-k…

—Lo siento, señor —fue la respuesta que recibió Ray—. En este hotel no se aloja ningún señor Kurkik ni se ha alojado jamás.

* * *

Era un asunto de espionaje, pensó Ray. Su tío estaba inventando algo importante, se hallaba en el buen camino y había alguien que quería apoderarse del secreto.

Por eso había ido Violeta en nombre del gobierno, a solicitar su permiso para dar carácter oficial a sus experimentos. Pero ¿quiénes eran y en nombre de quién actuaban los espías?

Decidió investigar por su cuenta, pero no sabía qué hacer.

—¿Y si empezase por el principio?

—Magnífico.

Ray se volvió en redondo.

—Qué raro —murmuró—. No he visto a nadie… pero he oído una voz.

«Deben ser alucinaciones», pensó, En los últimos días, su cerebro estaba sometido a una actividad inusitada.

Trató de olvidarlo y salió a la calle. Eran ya las seis de la tarde.

Treinta minutos después llamaba a la puerta de un piso. Alguien oteó a través de la mirilla y luego abrió.

—Ray, querido —dijo Gladys, alargando hacia él un brazo de mórbidos contornos—. Qué alegría me das al venir a visitarme.

—¿De veras? —sonrió el joven—. Yo creí que no querrías dirigirme siquiera la palabra, después del fracaso de mi recomendación.

—¡Qué tonterías dices! —exclamó ella, colgándose de su brazo —. Por cierto, ¿cómo sabes que fracasé?

—Oh, es sencillo. De otro modo, estarías trabajando con mi tío.

—Es verdad —rió ella—. ¿Qué quieres tomar, Ray?

—Nada, no he venido a hacer una visita de cumplido.

Gladys se volvió.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—Ocurre que no fuiste a visitarme por propia iniciativa, sino porque alguien te envió. ¿Quién es, Gladys?

—Ray, te aseguro que…

—Vamos, vamos, preciosa, no trates de mentirme. ¿Cuál es su nombre?

—Estás equivocado —contestó Gladys rígidamente—. Mi visita fue sincera.

—A otro perro con ese hueso —masculló él—. Nena, me disgustaría mucho tener que recurrir a otros medios para hacerte hablar. Tú y yo no nos habíamos visto antes jamás, ¿comprendes?

Los ojos de Gladys fulguraron.

—No diré nada —contestó.

Ray avanzó un paso hacia ella.

—Hablarás —insistió.

Hubo un momento de silencio. De repente, Gladys dio media vuelta y corrió al interior del apartamento.

Segundos más tarde, aparecía, provista de un revólver.

—Vete o dispararé —dijo en tono amenazador.

Ray se echó a reír.

—Las armas no me dan miedo —contestó, avanzando hacia Gladys.

—¡Vete! ¡Voy a disparar! —chilló la joven.

Él seguía andando, sin dejar de sonreír. De repente, Gladys apretó el gatillo.

Ray levantó velozmente la mano derecha. Luego la movió, haciendo saltar en la palma el proyectil salido del revólver de la joven.

Gladys le miró con ojos desorbitados.

—E… estás vivo…

—Sí, preciosa, estoy vivo.

Se acercó a ella y le quitó el revólver, sin encontrar la menor oposición. Luego, agarrando el cañón con una mano y la culata con la otra, estiró aquel un poco y a continuación lo retorció, haciendo por último, un nudo con el tubo de metal.

El revólver, con el cañón anudado, fue a parar a las manos de Gladys nuevamente. Ella sintió que le flaqueaban las piernas y se sentó en un diván.

—Gary… Mikaeils… Calle Novena, 600… Es un almacén… cerca del puerto… Sobre la puerta hay un rótulo… *Mikaeils Import—Export…* —tartamudeó.

Ray sonrió.

—Gracias, preciosa.

Lanzó un vistazo al teléfono.

—Como comprenderás, no me interesa que le avises de mi llegada —dijo.

Y rompió el cordón de un ligero tirón.

Luego, silbando alegremente, salió de la casa.

* * *

Era ya de noche cuando llegó a su destino. El almacén de la Mikaelis Import—Export se hallaba en una de las zonas menos concurridas del puerto y su elevada silueta se reflejaba en las sucias aguas que bañaban el muelle cercano.

El almacén constaba de cuatro grandes pisos. Había una gran puerta, cerrada en aquellos momentos. En el piso superior se divisaban dos ventanas con luz, a cuatro plantas de distancia de la calle.

De repente, dos hombres surgieron de la oscuridad y se acercaron a Ray.

—Le esperábamos —dijo uno de ellos.

—¿Ah, sí? —murmuró Ray con indiferencia.

El otro sacó una pistola. Apenas si tuvo tiempo de enseñarla.

Ray se la arrebató y, girando un poco el cuerpo, la arrojó al mar. El otro retrocedió y sacó una corta porra de plomo.

—Esto lo soluciono yo —masculló,

Y cargó contra el joven.

Ray levantó la mano izquierda y sujetó la muñeca de su oponente. Luego, con la otra, le arrebató la porra y la convirtió en una bola, que dejó caer al suelo, ante los ojos estupefactos de la pareja.

Acto seguido, Ray se acercó a ellos y los agarró por el cuello.

—Si gritan, los estrangulo —amenazó.

Los rufianes estaban aterrados. Ray los izó en vilo, sin aparentemente, el menor esfuerzo, y se acercó al muelle. Tomó impulso y los arrojó a treinta metros de distancia.

Se oyó un doble chapoteo, Ray dio medio vuelta y se acercó al almacén.

Subió andando por la pared. Llegó a una de las ventanas y miró a través del vidrio.

Había allí tres hombres, uno de los cuales parecía un simple pistolero a sueldo. Los otros dos aparentaban más categoría.

Uno de ellos era un tipo alto, fornido, de cara morena y bigote apenas trazado sobre el labio superior. El otro era un sujeto de raza amarilla.

El hombre del bigotito debía ser Mikaelis, dedujo Ray. Le vio consultar el reloj con impaciencia y, sonriendo, supuso que se extrañaba de su tardanza.

Ray movió el codo. La ventana saltó y los cristales se hicieren añicos. En el cuarto se produjo una pequeña conmoción.

El pistolero sacó un arma.

—¡Alto! —gritó—. Quieto o disparo.

Ray se echó a reír mientras cruzaba la ventana. El sujeto de raza amarilla, de pronto, dio media vuelta y echó a correr, desapareciendo de la habitación casi instantáneamente.

El joven no se molestó en perseguirlo. Mikaelis le miró con asombro.

—¿Por dónde ha subido usted? —preguntó.

—Por la pared, naturalmente —respondió Ray.

—¡Pero no hay escaleras externas! ¡La fachada es absolutamente lisa!

—Soy el hombre mosca —replicó el joven, sin inmutarse—. ¿Es usted Mikaelis?

El aludido dijo que sí con la cabeza. Su esbirro gruñó:

—¿Qué hago con este tipo, jefe?

Mikaelis extendió la mano.

—Déjalo, Nick —contestó—. Oiga, usted es Felton —añadió.

—Sí.

—Había dos hombres aguardándole allá abajo.

—Tenían calor y se fueron a tomar un baño —declaró Ray—.

¿Quién era el chinito?

—No es chino, sino indonesio —masculló Mikaelis.

—Entonces, es que está mal alimentado, porque tenía la cara muy pálida —dijo el joven de buen humor—. Por cierto, ¿cómo sabían que yo iba a venir, si corté los hilos del teléfono?

—Olvidó que hay un invento que se llama radio —dijo Mikaelis.

—Es verdad. Gladys es muy astuta, ¿eh?

—Hombre… De todas formas, ya que ha venido, muchas gracias, Felton. Nick, regístralo.

—Sí, jefe.

Ray se sometió mansamente al registro. Al cabo de unos momentos, Nick dijo:

—No lleva encima ni un mal palillo de dientes, jefe.

—Ésa es una costumbre muy fea —contestó Ray en tono reprobatorio—. Mikaelis, ¿qué tiene mi tío que tanto le interesa?

—Algo que puede proporcionarme un millón de dólares. ¿Le gustaría entrar en el juego?

—No.

—¿Por qué? Le daría doscientos de los grandes…

—Y mi tío también, si se los pidiera, y el doble —contestó Ray —. Pero a mí, el dinero, pasando de lo que necesito para vivir con un mínimo de comodidades, no es cosa que me enloquezca.

—¡Caramba! —exclamó Mikaelis—. Es la primera vez que veo a un ermitaño con ropas modernas.

—De ermitaño tengo yo muy poco —replicó el joven—. ¿Qué sucede? ¿A qué país van a venderle ustedes el secreto del clima al gusto?

Mikaelis puso cara de tonto.

—¿El clima al gusto? —repitió.

—Sí, hombre, sí. Hoy quiero sol, pues tengo sol. Mañana hace falta que llueva para salvar la cosecha, pues lloverá. ¿No es eso lo que les interesa?

Los dos individuos cambiaron una mirada entre sí. Nick se llevó el índice a la sien, como para indicar que Ray estaba chiflado.

—No, no soy un demente —dijo el joven—. Mi tío está trabajando en un proyecto sobre modificación artificial del clima…

—Si supiera usted en lo que trabaja su tío, se caería de espaldas —le interrumpió Mikaelis—. ¿A quién diablos interesa el clima al

gusto?

Ray se quedó atónito unos segundos.

—De modo que esa bribona me ha engañado —dijo.

—Parece que sí —contestó Mikaelis, riendo.

—¡Me va a oír! —gruñó Ray—. Ya lo creo que me va a oír… Bueno, ustedes perdonen, pero tengo que marcharme.

—No —contradijo Nick—. Usted se queda.

Ray miró al otro, Mikaelis hizo un gesto de aquiescencia.

—Sí —confirmó lacónicamente.

CAPÍTULO VII

—¿Por qué? —preguntó Ray.

—Nos ha descubierto. No nos interesa que «cante».

—¿Cantar? —repitió Ray, extrañado.

—Vamos, que abra el «pico» —dijo Nick, malhumorado.

—Ah, ustedes se refieren a que yo puedo delatarles

—Exactamente —contestó Mikaelis.

—Sería lo lógico. Ustedes están fuera de la ley.

—Pero no nos gustaría estar dentro de una cárcel.

—Se pasa muy mal, en efecto. ¿Quién es el chinito?

—Eso no le importa a usted —replicó Mikaelis con brusquedad.

—¡Qué poca amabilidad! —se lamentó Ray—. De modo que no quieren que «cante».

—No.

—Entonces, «soplaré».

Se llenó los pulmones de aire y lanzó un potente chorro de aire que lanzó a Nick contra la pared opuesta.

El pistolero lanzó un débil grito y quedó en el suelo acurrucado. Mikaelis estaba atónito.

—Me voy —dijo el joven, sonriendo.

Mikaelis reaccionó y sacó su pistola.

—¡Alto! ¡Alto o disparo! —gritó.

Ray le miró por encima del hombro. Tenía al lado la mesa y, de repente, la deshizo en astillas de un puñetazo.

—¿Quiere que lo repita en su cabeza?

Mikaelis estaba lleno de pánico.

Aquel hombre… había lanzado a Nick al otro lado de la estancia sólo con soplarle… Ahora, de un simple puñetazo, había reducido la mesa a poco menos que serrín…

La pistola tembló en su mano. Ray se acercó a él, tomó el arma

delicadamente con dos dedos y curvó el cañón hacia arriba, sin que por ello Mikaelis dejara de sostenerla.

—Cuidado al disparar; podría hacerse daño —sonrió.

Mikaelis se desplomó sobre una silla. Estaba abrumado.

Ray se dirigió hacia la puerta. No se molestó en abrirla, sino que la atravesó, haciendo saltar en mil pedazos los paneles de madera. Al ver aquello, Mikaelis se tapó los ojos, horrorizado.

* * *

Pero Ray no se sentía satisfecho en modo alguno. Aquellas extrañas cualidades que se le habían desarrollado de modo tan sorprendente le tenían muy preocupado.

No era lógico, no era normal… A veces se preguntaba si estaba soñando.

—Pero todos los individuos le aseguraban que estaba completamente despierto. En tal caso, ¿dónde y cómo había adquirido aquellas portentosas facultades?

¿Alguna inesperada mutación genética?

Cabía la posibilidad de que tal mutación hubiera permanecido en estado latente en su organismo, durante los veintiocho primeros años de su vida, haciendo luego eclosión de una manera súbita —el hecho de que hubiera tardado algunos días en descubrir todas sus facultades no alteraba la práctica instantaneidad de tal «explosión».

Y no podía asegurar, además, que hubiese terminado la mutación.

Porque a la mutación física, estaba seguro, seguiría inevitablemente la mutación mental.

¿O había empezado ya?

¿Por qué, si no, había podido encontrar el error en los cálculos de su tío? ¿Cómo había sabido él que aquella ecuación estaba equivocada?

De pronto, se notó sumamente cansado. No quería pensar más en aquel problema que tanto excitaba su cerebro.

Una ducha fría calmó en buena parte su nerviosismo. Después de secarse, se puso un pijama y se acostó.

Apagó la luz. Cerró los ojos.

Un azulado resplandor apareció de pronto en la estancia. Ray

vio a Kurkik.

Sí, era el mismo anciano simpático y bondadoso a quien había socorrido en el parque, sólo que ahora no vestía como un comerciante retirado de los negocios… En realidad, no sabía si llevaba ropas o no.

Prácticamente, Ray sólo veía la cara de Kurkik y la silueta de su cuerpo, apenas sin forma y casi transparente, Kurkik sonreía bondadosamente.

—¿Estás preocupado? No temas, pronto pasará todo y cesarán tus preocupaciones —dijo el extraño personaje—. Antes tienes que ayudar a tu tío, quien se verá todavía en grandes apuros. Él te necesita, Ray.

—Pero ¿qué es lo que hace mi tío? —preguntó el joven.

—Ya lo sabrás… Ayúdale, Ray, y si te parece poco lo que eres actualmente…

—Kurkik, necesito que me aclare muchas cosas. ¿Por qué me ha convertido usted en un superhombre?

Sonó una suave risita. Parecía provenir de las profundidades del universo.

—Sigue, sigue investigando —respondió Kurkik.

La imagen se esfumó y desapareció, lo mismo que el resplandor, después, Ray se quedó profundamente dormido.

* * *

Cuando despertó a la mañana siguiente, se encontró ligero de cuerpo y despierto de mente. Silbando alegremente, se aseó, se preparó un buen desayuno y luego se dispuso a salir.

Media hora más tarde, llamaba a una puerta. Cuando Violeta abrió, se quedó muy sorprendida al reconocer a su visitante.

—¡Ray! ¿Qué hace aquí? —preguntó.

—He venido a verla. ¿Le importa?

—Pero yo no le había dicho mi domicilio…

—Oh, lo busqué en la guía telefónica.

Violeta apretó los labios.

—Mi teléfono no figura en la guía y este domicilio lo saben sólo unas pocas personas. Váyase, Ray, se lo ruego.

Ella le empujó suavemente y cerró la puerta. Ray consideró la

situación un momento.

Luego se tendió en el suelo del pasillo, extendió las manos y pasó como un papel por debajo de la puerta, irguiéndose a continuación.

—Hola —dijo.

Violeta se volvió y lanzó un grito de susto.

—¿Por dónde ha entrado? —preguntó.

—Me convertí en un papel de fumar y pasé por debajo de la puerta —explicó él, sonriente.

Violeta se desplomó sobre un diván.

—¡Es espantoso! —gimió, al borde del desfallecimiento.

—¿Se siente mal? ¿Quiere que le prepare una taza de café?

—¡No, no quiero tomar nada! —Violeta se levantó de un salto—. ¿Es usted un brujo? ¿Un mago?

Ray extendió las manos.

—Yo también quisiera saberlo —contestó.

Ella le miró con curiosidad.

—Nunca había visto nada semejante —confesó—. Ray, ¿de dónde sacó usted esos fenomenales poderes?

—¡No le digo que ni yo mismo lo sé! Lo hago, eso es todo.

—Si se contratase usted en un circo…

—¡Ni hablar! Ni por todo el oro del mundo me convertiría en un fenómeno de feria. Luego vendrían los biólogos a estudiarme como un bicho raro… Violeta, usted no me quiere tan mal, ¿verdad?

—Lo que no le querría es para marido. ¡Sería horrible que mis hijos saliesen como usted!

—Sí, a mí tampoco me gustaría. Pero poseo estas facultades y, no se puede evitar. ¿Por qué no hablamos de mi tío y de sus investigaciones, que no se refieren precisamente a la climatización a conveniencia?

—De modo que ya lo sabe —dijo Violeta.

—Sí.

—¿Quién se lo dijo?

—Un tal Gary Mikaelis.

—¡Mikaelis! —exclamó ella—, ¿Lo ha visto usted?

—Anoche, Violeta.

—Es increíble. Nosotros le andábamos buscando como locos y usted va y lo encuentra tan fácilmente como un bar en una esquina.

¿Quién le dijo dónde podría encontrarlo?

—Una chica que fue a pedirme recomendación para entrar como mecanógrafa al servicio de mi tío. Pero no era Laura Carroll.

—No podía ser. Laura trabaja para Kent Maylard.

—¿Quién es Maylard?

—«Bigotes».

—¿Y para quién trabaja «Bigotes»?

—¿Cómo que para quién…? Para él, supongo.

Ray levantó los brazos al cielo.

—¡Y esta chica es un agente secreto! —exclamó—. ¿Dónde le han dado a usted el «carnet» de espía, Violeta?

—No me enfade —protestó ella—. Maylard trabaja para sí mismo, claro.

—Es usted una ingenua, Violeta. Mikaelis trabaja para un oriental, indonesio, según dijo, pero yo no lo creo. Maylard es un tipo que hace toda clase de trabajos, nada limpios, por supuesto, pero siempre por cuenta ajena.

—¡Caramba, Ray! ¿Sabe que es muy posible que tenga razón?

—Conociendo la marcha de las cosas, la tengo —aseguró él enfáticamente—. Ahora sólo falta ver a «Bigotes» y hacerle cantar.

—Dudo mucho de que lo consigamos —respondió Violeta.

—¿Me deja que lo intente?

—Lo primero que habría que averiguar es el escondite de Maylard.

—Eso es fácil, Violeta.

Ella le miró con suspicacia.

—A ver si es que han designado a otro agente para el caso y no me lo advirtieron —dijo.

—Le juro que yo no soy más que agente de mí mismo. Oiga, Violeta, ¿qué diablos está inventando mi tío?

—Un perforador —contestó ella.

—¿Un…? ¿Quiere decir una barrena?

—Algo por el estilo, Ray.

—Mi tío está loco, usted está loca y yo acabaré en el manicomio, si esto se sigue complicando. ¡Mira que armar semejante jaleo por una vulgar barrena, que puede comprarse en cualquier ferretería!

—No sea tonto, Ray. ¿Cree que todo este jaleo se organizaría por una simple barrena de metal? Lo que su tío trata de poner a punto

es una perforadora que será capaz de abrir un túnel de diez metros en una montaña de tres kilómetros de base, en menos de dos horas.

Ray sintió que se le aflojaba la mandíbula inferior. Violeta sonrió, se le acercó y levantó el mentón caído con dos dedos de su mano.

—¿Vamos a ver si encontramos a «Bigotes»? —propuso.

El joven reaccionó al fin.

—Vamos —accedió.

Mientras bajaban en el ascensor, Ray suspiró:

—Esta vida será un poco más agitada, pero me gusta mucho más que la que llevaba antes —declaró.

—Como que antes era usted un vegetal viviente y ahora es un hombre —contestó Violeta.

«Un superhombre», pensó él.

Y aunque la excitación de la aventura le agradaba, porque le había hecho romper con la rutina de una vida gris y con escasos alicientes, las facultades que se habían desarrollado en su cuerpo y en su mente no le gustaban en absoluto.

* * *

Laura Carroll abrió la puerta, reconoció a sus visitantes y cerró de golpe, echando a continuación el cerrojo de seguridad.

Violeta sacó un revólver con silenciador.

—Haré saltar la cerradura a tiros —dijo.

—Guarde ese chisme —rezongó él—. Es usted una anticuada.

Disparó el puño derecho y abrió en la puerta un boquete de un palmo de diámetro. Metió la mano por el hueco y abrió.

Laura tenía las espaldas pegadas a la pared y les contemplaba horrorizada.

—No… no se acerquen a mí… —tartamudeó, lívida de miedo.

—Laura, no queremos hacerle daño —manifestó Ray.

—Pero eso depende de usted misma —añadió Violeta con truculencia.

—¡Cállese! —exclamó Ray—. Deje este asunto de mi cuenta.

Se acercó a la rubia y le puso las manos en los hombros.

—Sólo queremos saber dónde se esconde Maylard —agregó.

Laura se mordió los labios.

—Tengo miedo —confesó.

—¿De él?

—Sí.

—¿La asesinaría si supiera que ha hablado?

—Sí.

Ray habló por encima del hombro.

—Violeta, ¿se encargaría usted de proteger a Laura?

—Buscaría quien lo hiciese —respondió la muchacha.

—¿Lo ve, Laura? —sonrió Ray—. Nadie le hará el menor daño…

—No me fío —contestó la rubia con malhumor.

—¿Por qué se metió en esto? —quiso saber Violeta.

Laura alzó la barbilla.

—¿Usted, qué cree? —respondió.

—Por dinero, Violeta —dijo Ray.

—Así es —confesó Laura.

—¿Cuánto le pagó Maylard?

—Quinientos.

—¿Nada más? Yo creía que sería mucho más.

La rubia se encogió de hombros.

—Lo único que tenía que hacer yo era conseguir trabajar para el profesor, pero se necesitaba una recomendación. Maylard pensó en usted, Ray.

—Entiendo.

Violeta abrió su bolso y sacó un fajo de billetes.

—Mil dólares —anunció—. Ahora, hable, Laura.

—Sólo sé un número de teléfono. Yo tenía que llamar a Maylard cuando hubiese conseguido el empleo.

Ray soltó una risita sarcástica.

—Entre todos los agentes secretos, incluida usted, Violeta, no reunirían, si se juntasen todos los cerebros, diez gramos de materia gris —comentó.

—Es una broma estúpida —dijo Violeta, enojada—. ¿Cuál es el número de teléfono, Laura?

—3EH423 —contestó la rubia.

—Es suficiente, muchas gracias —dijo Ray—. Vámonos, Violeta.

CAPÍTULO VIII

La pareja se detuvo al atardecer en las inmediaciones de una casa de recreo, situada en las afueras de Rockertown.

—Bueno, al menos he de reconocer que su «carnet» de espía le sirvió para que la policía de la ciudad le facilitase la dirección correspondiente al teléfono de «Bigotes».

—Algo es algo, ¿no? —contestó ella con sorna—. ¿Vamos?

Avanzaron con cautela. Las luces estaban encendidas, pero el aspecto de la casa era completamente normal.

De pronto, Ray se detuvo y se llevó ambas manos a las sienes.

Violeta volvió la cabeza, extrañada,

—¿Qué le pasa?

Ray tardó algunos segundos en contestar. De repente, había sentido un agudo dolor de cabeza. Se notó desmayado, pareciéndole que todo daba vueltas a su alrededor.

Pero aquel extraño malestar cesó a los pocos segundos. Casi inmediatamente, se sintió bien.

—No es nada —dijo, enjugándose con un pañuelo el sudor de la frente—. No se preocupe, Violeta.

Reanudaron la marcha. Violeta tenía la mano metida en su bolso.

Ray fue el primero en llegar a la puerta. Miró a la joven y ella hizo un gesto de asentimiento.

Llamó. Al otro lado se oyeron voces.

Ray y Violeta se situaron a un lado de la puerta, que se abrió de golpe. Asomó una cabeza masculina.

—Yo no veo a nadie dijo…

Y, de repente, una mano de fuerza prodigiosa le agarró por el cuello y tiró de él hacia afuera, lanzándolo a siete u ocho pasos de distancia.

—¡Al ataque! —gritó Violeta, irrumpiendo en la casa, pistola en mano.

Ray la siguió. Maylard y los dos individuos que le acompañaban se quedaron asombrados al ver a la pareja.

—Hola —dijo Violeta—. Aquí estoy.

«Bigotes» se puso lentamente en pie.

—¿Qué diablos quieren? —preguntó de mal talante.

—Conversar —respondió la chica—. Estábamos aburridos y nos dijimos: «¿Qué mejor remedio para matar el aburrimiento que un rato de charla con Maylard y sus muchachos?».

—No tenemos nada que hablar con ustedes, de modo que lo mejor será que se larguen —rezongó el gordo.

Ray advirtió que los dos rufianes que acompañaban a Maylard permanecían expectantes, atentos al menor descuido de la muchacha, para saltar sobre ella.

—Aguarde un momento, Violeta —dijo de pronto.

Dio un rodeo y se situó detrás de «Zancos» y de «Yema». Dos pistolas pasaron a su poder en el acto.

—Puede continuar, Violeta —indicó al terminar.

—Gracias, Ray —sonrió ella—. Bien, Maylard, ¿está dispuesto a hablar?

El gordo cruzó los brazos sobre su ancho pecho.

—Ya le he dicho que no tengo nada que hablar con ustedes —repitió hoscamente.

—El tipo se muestra duro, ¿eh? —comentó Ray.

—Sólo quiero saber el nombre de la persona para quien trabaja usted, Maylard —dijo Violeta.

—No sé nada de eso —contestó el aludido.

En aquel instante, Ray percibió un movimiento junto a la puerta. Veloz como el pensamiento, agarró una silla y la lanzó en aquella dirección.

La silla y la puerta se astillaron en mil fragmentos. Se oyó un grito ahogado y luego el ruido de un cuerpo humano al caer a tierra,

—Siga, Violeta —invitó Ray, con la sonrisa en los labios.

Maylard se puso lívido. Aquella demostración de fuerza le había dejado sin aliento.

—¿Có… cómo han sabido que estábamos aquí? —preguntó

desalentado.

—Usted pagó quinientos dólares a una rubia, pero nosotros le dimos el doble —explicó Violeta.

—Laura sólo conocía un número de teléfono…

—Y es justamente lo que nos dijo. El resto fue cortesía de los servicios telefónicos de la Policía de Rockertown.

—¿Más aclaraciones? ¿Por qué no nos da usted ahora las suyas? —sugirió Ray.

Maylard vaciló, Ray avanzó hacia él.

—Esto lo soluciono yo —dijo—. Violeta, mantenga a raya a este par de rufianes.

—Sí, Ray.

La mano de Ray se cerró sobre el cuello de Maylard quien, a su pesar, se sintió irresistiblemente empujado hacia la puerta. Ray salió a través de los restos de la puerta siempre empujando a su prisionero, y luego dio media vuelta.

Inmediatamente, empezó a subir por la pared, llevando a Maylard suspendido por el cuello de la chaqueta. El gordo perneaba y gritaba frenéticamente, loco de miedo.

Ray se detuvo en el borde del tejado, lanzó a Maylard a lo alto y lo recogió de nuevo, pero ahora lo dejó suspendido por un tobillo, que sujetaba con la mano derecha.

—¿Habla o le suelto? —preguntó.

—Hablaré —sollozó Maylard, completamente acobardado—. Se llama Kynt de Groof y reside en Starkville, avenida de las Palmeras, seiscientos diez.

—¿Quién es ese de Groof?

—No… no sé… Sólo dijo que teníamos que conseguir la fórmula del profesor Curlinghame… y que nos pagaría un millón de dólares…

—Está bien, me conformo con eso.

Ray descendió de nuevo y dejó a Maylard en el suelo. Como estaba cabeza abajo, al soltarle, rodó por tierra y allí quedó encogido, sollozando de terror.

En aquel momento, oyó ruido dentro de la casa.

Violeta gritó:

—¡Ray!

—¡Allá voy! —gritó el joven.

Y se precipitó impetuosamente dentro del edificio.

Violeta luchaba a brazo partido con el más alto, en tanto que «Yema» acababa de apoderarse de la pistola de la muchacha. Ray saltó sobre el segundo y le propinó un empujón que lo hizo volar hasta el otro lado de la estancia.

Luego se revolvió contra «Zancos». Violeta había querido emplear con él los trucos de lucha que conocía, pero su adversario era más hábil que ella y estaba a punto de dominarla.

Ray se acercó a los contendientes y tocó en el hombro al larguirucho.

—Estoy aquí —dijo.

«Zancos» volvió la cabeza. Ray sopló.

El larguirucho voló por los aires y se estrelló contra la pared del lado opuesto. Cayó al suelo, donde quedó sin sentido.

—¡Qué pulmones! —exclamó, Violeta, admirada.

—¿Verdad que sí? —replicó él sonriendo—. Bueno, aquí ya hemos terminado. Vámonos.

Salieron de la casa y se dirigieron hacia el automóvil. Cuando estaban a punto de llegar al vehículo oyeron voces tras ellos.

—¡Párense! ¡Alto o disparo!

Ray se volvió. El sujeto que había caído con los restos de la puerta corría hacia ellos, con una pistola en la mano.

Ray volvió a soplar. Un torbellino de tierra y polvo envolvió al sicario de Maylard, cegándole por completo. El hombre retrocedió, vaciló y, acobardado al fin, optó por refugiarse en la casa.

—Es usted invencible, Ray —exclamó Violeta, a la vez que soltaba una alegre carcajada.

Ray alargó la mano y dio el contacto para arrancar.

—Sí, pero me gustaría seguir siendo una persona normal — confesó, a la vez que pisaba el acelerador con furia—. Lo que me sucede no es nada agradable, aunque usted pueda pensar todo lo contrario.

—Me lo imagino, pero ya que es así, ¿por qué no sacar provecho de sus portentosas cualidades?

—Cualquiera diría que no lo está sacando —refunfuñó él.

—Lo sé, y se lo agradezco infinito, Ray, pero, ¿no se le ha ocurrido pensar que todo esto pueda ser algo transitorio, un fenómeno temporal que acabará desapareciendo?

—Puede que sí, pero, más que nada, me gustaría conocer sus causas.

—¿Para qué, Ray?

—Está bien claro. Para tratar de curarme en seguida.

Ella calló un momento.

—Suponiendo que hubiese científicos capaces de curarle —dijo al cabo.

Ray guardó silencio. Pasados unos minutos, Violeta preguntó:

—¿Qué le ha dicho Maylard?

—Me ha dado un nombre y una dirección —contestó él.

—Estupendo. ¿Vamos allí ahora?

—No. Vamos a casa de mi tío.

—¿Por qué? —se extrañó Violeta.

—Quiero saber, en qué diablos consiste esa maldita barrena capaz de taladrar una montaña en menos de dos horas —declaró Ray ceñudamente—. Empiezo a sospechar que ese infernal artefacto es causa, directa o no, de todos mis males.

* * *

Una mujer de pelo claro, excelente figura y cara sonriente, abrió la puerta tras la llamada de Ray.

—Hola, tía Nina —saludó Violeta—. Éste es Ray Felton, el sobrino del profesor.

—Encantada, señor Felton —dijo Nina—. ¿Cómo estás, muchacha?

—Perfectamente, tía, Hemos venido a ver al profesor.

Nina Seyner meneó la cabeza.

—Me ha dado orden de que no le moleste nadie —declaró—. Le he llevado la cena al laboratorio y luego he cerrado la puerta.

—Eso no reza conmigo —masculló Ray.

Y echó a andar a lo largo del amplio vestíbulo.

—El profesor se va a poner hecho una fiera —vaticinó Ray.

—Ray lo calmará —contestó Violeta—. ¿Es difícil de dominar, tía?

Nina se echó a reír.

—Hay que saber seguirle la corriente, como a todos los hombres —respondió.

—Tú tienes experiencia, tía.

—¿Me estás llamando vieja? ¿A mis treinta y ocho años?

Violeta sonrió. Ray bajaba en aquel momento por las escaleras que conducían al sótano.

Llamó a la puerta. Al otro lado sonó una voz agria:

—¿Es usted, Nina?

—No, tío. Soy tu sobrino, Ray.

—Entonces, ¡vete al diablo y déjame trabajar en paz! —contestó el profesor encolerizado.

CAPÍTULO IX

Ray no se inmutó. Abrió un agujero de un puñetazo, pasó la mano al otro lado y abrió la puerta.

Curlinghame le miró pasmado.

—Muchacho, ¿qué has hecho? Si siempre fuiste un alfeñique…

—He hecho un curso por correspondencia. «Aprenda usted a romper puertas a puñetazos en diez lecciones» —contestó Ray sarcásticamente—. Tío, ¿qué diabólico invento es ese que te has sacado de la sesera?

—¿No podías decir las cosas empleando un lenguaje más prudente?

—No.

—¡Caramba, muchacho! Vienes de un genio que lo arrolla todo —se quejó el científico.

—Es cosa de familia —dijo Ray, impasible—. Tío, tú me has mentido.

—¿Que yo…?

—Sí, dijiste que trabajabas en algo sobre climatización al gusto y no es verdad. ¿O fue Violeta? Bueno, ¿qué más da?

—Hombre —se defendió Curlinghame—. Éste es un asunto muy delicado y hay mucha gente curiosa de averiguar cosas que no se deben divulgar. Por eso contesto lo de la climatología.

—Pero se trata de una perforadora.

—Sí.

—¿Y da resultado?

—La corrección que el otro día hiciste en mis cálculos me ha permitido dar un salto de gigante —contestó Curlinghame.

—Tío, razona sensatamente. Baja a la tierra y déjate de andar por las nubes. ¿Cómo es posible abrir un túnel de diez metros en una montaña de tres kilómetros y en menos de dos horas?

—Tiene que resultar, cuando haya terminado todos mis trabajos.

—Ah, luego entonces no lo sabes a ciencia cierta.

Curlinghame hizo un signo negativo.

—Los cálculos teóricos dicen que sí —respondió.

—Pero en la práctica te pasa lo mismo que al tipo que usa paracaídas de lona en lugar de seda. La cantidad de aire embolsada es la misma, pero la velocidad de descenso es mucho mayor.

—¿Qué quieres decir con eso, muchacho?

—Sencillamente, que tu idea es irrealizable.

—Conque irrealizable, ¿eh? Aguarda y verás —dijo el profesor, súbitamente enfurecido.

Giró sobre sus talones y se dirigió al fondo del laboratorio, donde, sobre un recio soporte, había una roca de granito, de más de un metro cúbico de volumen.

Frente a ella y encima de una mesa, se veía un extraño artefacto, mezcla de proyector cinematográfico y cañoncito de pequeño calibre, conectado, en lo que parecía su afuste y por medio de un grueso cable, a una toma de corriente. La boca de aquel proyector estaba enfocada directamente a la roca, de la cual distaba unos sesenta centímetros.

—Ahora verás —refunfuñó Curlinghame.

Manipuló unos segundos en el aparato y luego tocó una palanquita. Una luz muy tenue brotó en el acto del proyector.

El rayo de luz, de trazado perfectamente cilíndrico, chocó contra la roca, de la cual empezó a desprenderse al instante un leve vapor.

Pasaron algunos minutos. De pronto, Curlinghame desconectó el aparato.

—Ya está —dijo.

Ray dio la vuelta al pedrusco y divisó un orificio de bordes circulares, a través del cual podía ver el proyector. La perforación era completamente limpia y se había realizado sin el menor ruido.

Se incorporó. Hizo una mueca y dijo:

—Todo esto no es más que un bonito experimento de laboratorio, que no dará resultado en la práctica.

—No me tientes la paciencia —se sulfuró Curlinghame—. El invento es viable, acabo de demostrártelo, Ray.

—Pero sólo practica orificios de dos centímetros y tú quieres conseguir que los haga doscientas o trescientas veces mayores. Eso

es imposible, tío.

—¿Por qué, si quieres explicarte, tú que pareces saberlo todo? — dijo el científico con sorna.

—Por la sencilla razón de que necesitará una enorme cantidad de energía. He estado viendo el amperímetro mientras ese trasto funcionaba y el consumo de potencia eléctrica es fabuloso.

—Ahí reside, por ahora, mi pequeño fallo. Tengo que hacer las cosas de modo que el aparato funcione con la misma cantidad de energía que consume una locomotora corriente, por ejemplo.

Ray torció el gesto.

—¿Cuál es la base del aparato? —preguntó.

—En líneas generales, alineación de las moléculas de un mismo componente químico en un solo plano. Las descargas que emite lo consiguen, y de este modo, la roca desaparece en el lugar deseado.

—Pero cuando lo lleves a la práctica, el aparato tendrá un tamaño gigantesco… un cañón de diez metros de calibre.

—¿Y qué? No me resultará difícil conseguirlo. La dificultad estriba, como te he dicho, en el suministro de potencial eléctrico.

—No sé qué resultado dará esto, pero, aun suponiendo que lo consigas, te lo quitarán de las manos.

—Hombre, eso ya lo sé —exclamó Curlinghame—. ¿Por qué te crees que trabajo en mi invento? Imagínate los beneficios que reportará…

—¿Beneficios? No seas iluso, tío; ese aparato no se usará para perforar tímeles o excavar canales. Sencillamente, lo emplearán como arma de guerra.

* * *

Curlinghame se desconcertó unos momentos.

—¿Arma de guerra, has dicho? —preguntó.

—Sí, tío, por mal que te parezca. Porque si hace desaparecer la materia sólida, también hará desaparecer a los seres humanos.

—¡Pero yo no lo he construido para…!

—Eso ya lo sé —contestó Ray—. ¿Por qué te crees que hay potencias extranjeras detrás de tu invento? No se hacen tantos túneles ni se excavan canales a diario, ¿verdad?

—No sería un arma fácilmente transportable…

Ray señaló el artefacto.

—Alguien continuaría las investigaciones y lo convertiría en un fusil alimentado por una batería eléctrica. Imagínate el resto.

Curlinghame pareció desmoralizarse.

—Te aseguro que yo jamás había pensado en una cosa semejante —confesó.

—La gente no es tan bien pensada como usted, profesor —intervino Violeta, que había permanecido callada hasta aquel momento.

—¿Y no podríamos evitarlo? —preguntó el científico.

—No veo cómo —respondió Ray.

—Usted explotará su patente —dijo Violeta—. Alguien comprará un ejemplar de su máquina y la perfeccionará para usos bélicos. Así de sencillo, profesor.

—Me siento abrumado —manifestó Curlinghame.

De pronto, Ray se acercó a la piedra y pasó la yema del índice por un determinado punto de su superficie. Violeta, que le observaba atentamente, vio signos de preocupación en la cara del joven.

—¿Sucede algo, Ray? —preguntó.

—No, nada —contestó el joven con expresión ambigua—. Bueno, vámonos ya. Te dejamos, tío.

—Gracias, por la visita, Ray. Oye… ¿querrás venir mañana a echar un vistazo a los apuntes de mis últimos experimentos?

—Mañana no puedo, tío. Violeta y yo nos vamos a Starkville.

—¿Qué hay en Starkville? —preguntó Curlinghame, intrigado.

—A la vuelta lo sabrás. Buenas noches, tío.

Nina estaba en el vestíbulo.

—¿Todo bien? —preguntó, sonriendo.

—Fatal —contestó Ray—. ¿Por qué, en lugar de inventar ese cacharro, no se le ocurrió inventar otra cosa, una buena crema para el calzado, por ejemplo?

Nina puso cara de ver visiones. Violeta se echó a reír y dijo:

—Si esa crema para el calzado tuviese la misma energía que su máquina, se comería el cuero en diez segundos.

—Está bien —dijo Ray—. Es hora de volver a casita. Yo estoy muerto de cansancio.

En verdad, se sentía muy fatigado. Se preguntó si sería debido al

exceso de ejercicio físico que había practicado durante el día, pero era algo imposible de saber.

En cuanto llegó a casa, se acostó, quedándose dormido inmediatamente.

* * *

De repente, se despertó.

¿O estaba dormido?

Volvió a ver aquel extraño resplandor, en cuyo centro estaba Kurkik. El anciano le sonreía bondadosamente.

Hablaba algo. Ray le veía mover los labios, pero no entendía sus palabras. Sin embargo, le parecía que las frases que le dirigía Kurkik iban a parar directamente a su cerebro.

Se levantó de la cama, vestido únicamente con el pijama. Caminó por un suelo blando, cálido, pero le parecía que no apoyaba los pies en ninguna parte.

De pronto, se encontró rodeado de estrellas.

Todo había desaparecido, salvo los astros. No había casa, ni dormitorio ni muebles. Sólo estrellas.

Y Kurkik delante de él, hablándole algo que no podía entender.

Ray asintió.

Dijo que sí.

Contestó afirmativamente a no sabía qué preguntas. Ignoraba el contenido de las frases del anciano.

Sólo sabía que debía decir sí a todo.

Kurkik empezó a desvanecerse. Las estrellas palidecieron. El cielo perdió su negrura.

Ray notó que perdía pie. Caía.

Era un descenso vertiginoso, irremediable.

Le pareció que había iniciado una caída sin fin. De pronto, notó un choque violento.

¡BLAM!

—¡Ay! —gritó.

Y se despertó en la alfombra del dormitorio.

Abrió los ojos. Entraba un poco de luz a través de la ventana.

—Maldita sea —gruñó—. Mira que ir a caerme como un chiquillo de pocos años…

Se puso en pie, dolorido frotándose la cadera. Bostezó.

—¡Vaya una pesadilla que he tenido! —masculló, mientras se cubría de nuevo con las ropas de la cama.

Estiró los brazos voluptuosamente. Luego se relajó y a los pocos momentos había reanudado el sueño.

CAPÍTULO X

Violeta llegó a la mañana siguiente, fresca y pimpante como una rosa. La joven cubría su esbelta anatomía con el inevitable traje de una pieza que tanta parecía agradarle.

—Hola, Ray —saludó desde la entrada—. ¿Está es el baño?

La voz del joven sonó debajo de la ducha.

—Vaya calentando el café, saldré dentro de diez minutos —gritó.

—Está bien —contestó ella.

Ray apareció a poco, vestido y dispuesto a desayunar. Violeta tomó una taza de café, mientras él llenaba el estómago.

Antes de terminar su desayuno, Ray hizo una pregunta:

—Violeta, ¿qué haría el gobierno si mi tío le cediese el invento?

—No lo sé, Ray —respondió la chica—. Yo soy sólo un agente. La decisión acerca de la perforadora quedaría en manos de mayor rango que las mías.

Ray asintió pensativamente.

—Parece que hay mucha gente interesada en el invento —dijo—. Siempre ha habido espionaje industrial, pero esto es algo más gordo. ¿No opina usted así?

—Hay gobiernos extranjeros detrás de todas estas maniobras, Ray —confirmó Violeta.

—Ya me lo parecía a mí —suspiró él, mientras se servía la última taza de café.

Momentos después, abandonaban la casa. A los pocos momentos, Ray miró a través del espejo retrovisor.

—Violeta, ¿ha encomendado a algún amigo suyo que nos proteja? —preguntó.

—No —contestó ella, asombrada—. ¿Por qué lo dice?

—Entonces es que nos están siguiendo.

Violeta lanzó una exclamación de asombro. Volvió la cabeza y divisó un automóvil oscuro que se mantenía invariablemente a la misma distancia.

—Tenemos que despistarles, Ray —pidió.

—No se preocupe —la tranquilizó el joven—. Hay más de cien kilómetros a Starkville y eso nos concede una hora de margen para la maniobra.

El coche abandonó la ciudad. Ray pisó el acelerador al hallarse en la carretera y el automóvil perseguidor aceleró también.

Durante veinte minutos, los dos vehículos se mantuvieron obstinadamente a la misma distancia. De pronto, al llegar a un cruce de caminos, el coche perseguidor se desvió a un lado y desapareció.

—¡Se ha ido! —dijo Violeta, que había visto la maniobra.

—Quizá estábamos equivocados.

Pero un kilómetro más adelante, vieron otro coche, de distinto color al anterior, que se situaba tras ellos.

—Los han relevado, simplemente —dijo Ray.

Para comprobar su aserto, aceleró y redujo la velocidad varias veces. El coche que venía detrás repitió puntualmente las maniobras.

—Bueno —exclamó Ray, al cabo de unos minutos—. Va a ser cosa de deshacemos de ellos.

—¿Cómo? —preguntó Violeta.

—Espere y lo verá.

Cinco kilómetros más adelante había un desvío y Ray lo tomó sin vacilar, separándose de la ruta principal. Entró por un camino secundario, y un poco más adelante descubrió un tercero, mucho más angosto que los anteriores y flanqueado por una fila doble de árboles.

El camino serpenteaba entre unas colinas. De pronto, al doblar una curva muy cerrada, Ray paró el coche y abrió la portezuela.

—¡Salte!

La chica obedeció en el acto y fue a esconderse con Ray tras unos arbustos. Segundos más tarde, llegaba el otro coche, cuyo conductor tuvo que frenar en seco para no estrellarse contra el de Ray.

Había dos hombres en el vehículo, los cuales se apearon,

sumamente desconcertados. Se acercaron al coche de Ray y lo examinaron con gesto lleno de perplejidad.

—Se habrán escondido —dijo uno de ellos,

—Seguramente —contestó el otro—. Vamos a buscarlos. Tú ve por allí; yo iré por el otro lado.

Ray miró a Violeta y sonrió. Uno de los perseguidores, pistola en mano, se acercaba justamente al matorral tras el cual se hallaban escondidos.

De repente, una mano salió entre las ramas y agarró la pistola, cuyo dueño quedó desarmado instantáneamente. Otra mano le tapó la boca, justo cuando iba a gritar para advertir a su compinche.

Ray lanzó la pistola a un lado. Luego se dispuso a golpear a su prisionero.

—¡Espere! —dijo Violeta.

La chica tenía una pistolita en la mano. Apretó el gatillo y el individuo hizo una mueca.

—¿Qué es eso? —preguntó Ray.

—Narcótico —explicó ella—. No quiero que le rompa la cabeza de un puñetazo.

El prisionero quedó dormido en menos de treinta segundos: Ray lanzó la pistola entre los matorrales y luego salió al camino.

—Al otro no se le ve —dijo Violeta.

Ray se echó a reír.

—Aparecerá en seguida —profetizó.

De súbito, se acercó al segundo coche y se metió por debajo. Hizo fuerza con las espaldas y el automóvil empezó a elevarse.

—¡Cielos! —exclamó Violeta, estupefacta.

Ray elevó las manos y se puso de rodillas. Luego se incorporó totalmente y levantó aún más las manos, elevando el automóvil por encima de su cabeza.

Acto seguido, tomó impulso. El vehículo salió disparado, tronchó en su trayectoria las ramas de un árbol y fue a parar a más de cuarenta metros de distancia, en un sembrado, originando un estruendo pavoroso con el choque.

—Me voy a poner mala —confesó Violeta—. Esto no… no es bueno…

—Pero es útil —sonrió él—. ¡Mire, allí viene el otro!

Efectivamente, el segundo ocupante del automóvil acababa de

aparecer, surgiendo de entre unos matorrales. Con infinito asombro se acercó y examinó el montón de chatarra en que se había convertido el vehículo.

Ray agarró unas cuantas piedras y las disparó con todas sus fuerzas en dirección al sujeto, aunque procurando no darle. Los proyectiles, debido a su volumen y altísima velocidad, silbaron de modo tan horroroso en los oídos del individuo, que, sintiéndose presa de un repentino pánico, emprendió inmediatamente una veloz huida a campo través.

Ray se echó a reír.

—Vámonos, Violeta —exclamó.

—A usted deberían cambiarle el nombre. Hércules sería el más apropiado —dijo la chica.

—Me gusta el que tengo —contestó él.

Tomó asiento tras el volante, arrancó de nuevo, dio media vuelta y se dirigió hacia la carretera de Starkville a toda velocidad.

* * *

Ray cortó el gas a unos cien pasos del n.° 610 de la avenida de las Palmeras y se apeó del coche. Violeta le siguió instantes más tarde.

Caminaron juntos por la acera. La casa señalada por Maylard estaba en un lujoso barrio residencial de Starkville.

—Se ve que De Groof es persona de buena posición —comentó Ray.

La casa estaba rodeada por un jardín muy bien cuidado. Después de examinarla desde una prudente distancia, Ray llegó a una conclusión.

—Iniciaremos el ataque por retaguardia —dijo.

Se metieron por una calle secundaria y alcanzaron la parte posterior de la casa, protegida por una valla de poca altura. El edificio parecía desierto en aquellos momentos.

Ray avanzó con grandes precauciones. Violeta le seguía a un paso de distancia.

Alcanzaron la puerta de la cocina. Ray abrió y escuchó un momento. Dentro de la casa reinaba el silencio.

Entraron y atravesaron la cocina. Ray abrió otra puerta y

entonces escuchó una voz:

—No, todavía no han llegado, aunque los espero de un momento a otro. Gracias por el aviso, Maylard, pero estoy preparado… ¿Que tiene una fuerza gigantesca? —El hombre que hablaba por teléfono se echó a reír—. No se preocupe; yo sería capaz de aplastarle de un papirotazo, Adiós, y gracias por el aviso, Maylard.

Ray acercó los labios al oído de la muchacha.

—Quédese aquí. Si viera la cosa mal, use su pistola narcótica —indicó.

—Está bien, Ray.

El hombre que había hablado por teléfono era altísimo, más de dos metros, y debía de pesar unos cien kilos, pero no daba en absoluto sensación de torpeza física, sino todo lo contrario. Parecía poseer una tremenda vitalidad y, juzgando por su rostro, no tenía nada de tonto.

Ray decidió darle una sorpresa. Entró en la sala y empezó a subir por la pared, Luego caminó por el techo hasta situarse justamente sobre la cabeza de De Groof.

En aquel momento llamaron a la puerta.

De Groof se puso en pie y caminó hacia la entrada. Ray le siguió, emparejándose con él desde el techo. Violeta, que contemplaba la escena a través de una rendija, se tapó los ojos con la mano durante unos instantes.

De Groof abrió la puerta.

—¿Qué desea? —preguntó.

—Vuelva adentro —dijo una voz.

Un hombre armado cruzó el umbral. De Groof levantó las manos.

Súbitamente, una mano descendió del techo y agarró al recién llegado por la muñeca, izándole a pulso. El hombre perneó y chilló espantado, mientras De Groof retrocedía unos cuantos pasos.

—¡Santo cielo! —exclamó, con la mandíbula inferior casi desencajada, a causa del asombro que sentía.

El recién llegado, despavorido, se agarró desesperadamente a Ray. De repente, dio media vuelta y quedó con los pies en el techo.

De Groof se sentó en un sillón y se tapó la cara con las dos manos.

—Me he vuelto loco —gimió.

Ray se quedó un momento atónito, ¿Por qué su contrincante había adoptado la misma posición de él?

De pronto, comprendió la verdad y sonrió. Al hallarse en posición invertida, todo cuanto tocaba, ya fuesen ropas, objetos o seres vivos, entraban dentro de su campo de influencia y la acción de la gravedad se invertía para todo cuanto estaba en contacto directo con él.

Violeta no sabía que hacer, si echarse a reír o llorar. El espectáculo de dos hombres luchando a brazo partido en el techo, los pies por alto y la cabeza abajo, era mareante y la hacía dudar de la integridad de su mente.

En realidad, lo que ocurría era que Ray quería divertirse un poco con su antagonista. Éste no luchaba por derrotar a Ray, sino que lo que pretendía era aferrarse para no caer al suelo.

De pronto, Ray dio dos pasos hacia atrás. Miró al suelo y comprendió que había llegado la ocasión.

Con un gesto brusco, se soltó de su adversario. El hombre, al faltarle el contacto con Ray, entró de nuevo en un campo normal de gravedad y cayó aparatosamente sobre una mesa, que se hizo astillas bajo el impacto de su cuerpo.

El golpe le privó del sentido instantáneamente. Ray corrió por el techo, descendió por la pared y se acercó a De Groof.

—Hola —dijo—. Vengo a que me aplaste de un papirotazo.

De Groof le miró en silencio durante unos momentos. Luego, lentamente, se puso en pie.

CAPÍTULO XI

—Lleva unas ventosas en los zapatos —dijo De Groof al cabo de unos momentos de silencio—. Así, yo también sería capaz de sostenerme en el techo cabeza abajo. Lo he visto en el circo.

Ray levantó uno de sus pies y enseñó la suela del zapato.

—¿Hay aquí alguna ventosa? —preguntó.

De Groof se mordió los labios.

—Acabemos de una vez —dijo—. ¿Qué es lo que quiere?

—Sólo una cosa: decirle que se olvide del profesor Curlinghame y de su invento.

—Está loco —barbotó el gigante.

—Si usted lo dice… Escuche esto, De Groof. Soy sobrino del profesor y él me ha encargado de su seguridad. ¡Violeta! —llamó de repente.

—¡Estoy aquí, Ray! —contestó la muchacha.

—¿Tiene a mano una pistola normal?

—No, sólo la de dardos narcóticos…

—Es igual; ése llevaba una. Tómela y cárguela si no lo estaba.

La muchacha obedeció. Ray levantó la mano derecha.

—Dispare, Violeta.

¡BANG!

Instantes después, Ray enseñaba a De Groof la bala recién salida del arma. De Groof torció el gesto.

—Un bonito gesto de prestidigitación, nada más —calificó.

Ray se acercó a Violeta y le quitó la pistola. Después de descargarla, torció el cañón en U.

—¿Y ahora? —preguntó.

Pero De Groof no daba su brazo a torcer.

—Hay pistolas de plástico especial —dijo—. Se estropean después de hacer diez o doce disparos.

Ray se volvió hacia la chica.

—¿Qué haría yo para convencerle? —preguntó.

—Desafíele a una pelea —propuso Violeta.

—¿Ha oído, De Groof?

El gigante emitió una sonrisa de placer.

—Con mucho gusto.

Y disparó un puño que parecía una maza.

Ray se limitó a elevar la mano izquierda. De Groof lanzó un aullido de dolor; le parecía que su puño había chocado contra una pared de ladrillo.

El brazo derecho del gigante cayó a lo largo de su costado. Ray se acercó a De Groof y le dio un ligero papirotazo con el índice, bajo la mandíbula.

De Groof se desplomó fulminado.

—¡Vencedor por *knock out*! —exclamó Violeta alegremente.

—Gracias, guapa —contestó Ray—. Ahora, acerquémonos a este tipo.

El otro continuaba desmayado. Ray le registró cuidadosamente y encontró una agenda en uno de sus bolsillos, en la que encontró un nombre que llamó su atención en seguida.

—Wan Tso Huang —leyó. Y, de repente, exclamó—: ¡El indonesio!

—Esto parece que se complica, ¿eh? —comentó Violeta.

—Nada de eso —respondió él—. Simplemente, otro de los que quieren apoderarse del invento del profesor.

Detrás del nombre de Wan Tso Huang había un número de teléfono y una dirección de Rockertown.

—Muy bien —dijo—. Iremos a Rockertown y le diremos al indonesio que abandone el país.

—¡Cuidado! —exclamó ella de repente—. De Groof se despierta.

Ray se volvió. El gigante se sentaba en aquellos momentos, con expresión aturdida.

—Escuche, De Groof, olvide el invento del profesor Curlinghame o no podrá contarlo la próxima vez. Y si cree que hablo en broma, mire.

Ray echó a andar, pero no hacia la puerta, sino en dirección al lienzo de pared contiguo a la misma.

El muro saltó con tremendo estrépito al impacto de su cuerpo.

Ray atravesó el hueco, en medio de la estupefacción de De Groof y luego se volvió sonriendo.

—Vamos, Violeta —invitó—. De Groof, recuérdelo y cuidado con ese competidor.

Violeta salió por el mismo hueco. De Groof, sin aliento por aquella increíble demostración, seguía sin reaccionar.

Regresaron al automóvil.

—¿Y bien? —dijo Violeta, después de arrancar—. ¿Cuál es el siguiente paso?

—Eliminar al indonesio. Quiero que dejen en paz a mi tío.

—Un deseo muy lógico.

—Y luego, ya veremos qué pasa con su invento.

—Lo cederá al gobierno —profetizó Violeta.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Todavía no es el momento de entrar en explicaciones —respondió Ray en tono evasivo.

Veinte kilómetros más adelante, divisaron un parador al borde de la carretera. Ray dijo:

—Tengo hambre.

—Es natural, el ejercicio le ha abierto el apetito —río la joven—. Ray, ¿cómo aprende usted a controlar unas fuerzas tan descomunales?

El joven se encogió de hombros. Retiró la llave de contacto y dijo:

—No lo sé, Violeta. Cuando necesito emplear más fuerza de lo ordinario, lo hago y ya está. Por ejemplo, cuando levanté el automóvil.

—Siente usted como una especie de impulso irresistible que le empuja a realizar esos actos, ¿no?

Ray se volvió hacia la muchacha,

—¡Pues sí! —exclamó—. En esos momentos, me parece actuar como si una fuerza extraña, no física, desde luego, me impulsara a hacer esas cosas. Pero no sé cómo lo consigo; a decir verdad. Cuando niño me crié más bien enclenque y acaparando todas las enfermedades habidas y por haber.

—Pues ahora, no cabe la menor duda; Hércules se sentiría avergonzado a su lado.

A la entrada del parador había un puesto de periódicos. Ray compró el *Rockertown Times* y lo hojeó mientras aguardaban a que les sirviesen el almuerzo.

Una noticia despertó su interés:

CONFERENCIA CIENTÍFICA

Mañana a las cinco treinta de la tarde el lama, Mah-Shuro-Dirw, disertará en el salón de actos de la Biblioteca Pública sobre el tema «Poder de la mente y actividades cerebrales en el Tíbet». Mah-Shuro-Dirw, quien ha vivido durante más de cuarenta años en Lhasa, capital del Tibet, es un experto conocedor de algunos de los fenómenos del fakirismo, incomprensibles para los occidentales, y su conferencia servirá para aclarar…

—Sería interesante asistir —dijo Ray al terminar la lectura de la nota.

—¿Adonde? —preguntó ella.

Ray le pasó el periódico.

—Lea —invitó.

Violeta paseó la vista por el periódico. Al terminar, miró a Ray perpleja.

—¿Cree que valdrá la pena ir, Ray?

—Sí —contestó el joven lacónicamente.

* * *

Para Ray, aquella visita era la última del agitado periplo realizado durante los últimos días.

Se preguntó qué extraño impulso le llevaba a realizar tales hechos.

¿Lo hacía solamente por ayudar a su tío o a Violeta?

En apariencia, era una razón muy buena, pero…

Él jamás se había visto metido en semejantes jaleos. ¿Por qué no había dejado el asunto a personas competentes?

Llamó a la puerta. Momentos después, alguien abrió desde el interior.

—Pasen —dijo Wan Tso Huang amablemente.

Empuñaba con mano firme una escopeta para caza mayor, de

dos cañones.

—Es una «Ultra-Special» —anunció con una sonrisa—. Puede disparar perdigón grueso y postas de dieciocho milímetros de calibre. En el cañón derecho hay un cartucho con veinte perdigones. En el izquierdo, una posta.

—Y tiene expulsor de gases para anular el retroceso —dijo Violeta.

—Exactamente —confirmó el indonesio, sonriendo de nuevo—. Estaba esperándoles —añadió.

—Pues ya hemos llegado —contestó Ray—. ¿Qué va a hacer con nosotros, partirnos por la mitad?

Huang vaciló.

—Podríamos llegar a un acuerdo —sugirió.

Ray replicó:

—¿Qué clase de acuerdo?

—Un millón de dólares.

—Dos.

Huang respingó.

—Es demasiado —gruñó.

—Entonces, no hay acuerdo.

El indonesio pareció considerar la contrapropuesta.

—Está bien, dos millones de dólares —aceptó.

—En billetes.

—En billetes —confirmó Huang.

—Pero que sean de dólar.

—¡Oiga! —gritó Huang, furioso—. ¿Es que quiere burlarse de mí?

Ray se echó a reír.

—Huang, usted sabe bien que sin mí no puede hacer nada, ¿verdad?

—Bueno, costaría un poco más, pero lo lograría —rezongó el oriental.

—Está bien, lo de los billetes de a dólar era una broma.

Se acercó a Huang.

—Puesto que ya somos amigos, no es preciso que siga apuntándonos con ese cañón.

Huang dejó la escopeta a un lado. Entonces, Ray, vivo como una centella, le propinó un ligero empujón, que lo lanzó hasta la pared

de enfrente, y se apoderó del arma.

Sacó los cartuchos y los tiró a un lado. Luego, apoyando la culata en el suelo, agarró los cañones con ambas manos y los separó, abriéndolos primero en una doble U, que luego se transformó en un artístico lazo.

Huang contemplaba la escena con ojos desorbitados. Ray lanzó el arma inútil a un lado y se echó a reír.

—Y lo de los dos millones también era una broma —dijo—. Voy a darle un consejo, Huang. Abandone el país, si no quiere que lo agarre por los tobillos y haga con usted lo mismo que he hecho con la escopeta.

Ray se volvió hacia la muchacha.

—Creo que aquí ya no tenemos nada que hacer, Violeta —concluyó.

Ella no dijo nada. Había adoptado una expresión sumamente extraña y miraba a un determinado punto de la estancia, ladeando la cabeza alternativamente a derecha e izquierda.

—¿Sucede algo, Violeta? —preguntó él.

—No, nada, nada —se apresuró ella a contestar—. Tiene ratón, debemos irnos ya, Ray…

Pero, al mismo tiempo que hablaba, señalaba la lámpara que pendía de la parte central del techo con una mano, mientras que con la otra se señalaba el oído y abría y cerraba la boca en una serie de signos mudos, imposibles de no entender en el acto.

CAPÍTULO XII

Ray no era tonto, de modo que comprendió en el acto lo que la joven le indicaba por señas.

Había alguien que les estaba escuchando, probablemente a través de un micrófono oculto y cuyo receptor del sonido estaba en el piso superior.

Ray se volvió y señaló hacia arriba con la mano. Huang se quedó atónito.

—Sí, ahora nos vamos, Violeta —dijo Ray en voz alta.

Pero no tenía intención de irse. En lugar de ello, elevó los brazos y agarró la lámpara, que era de regulares dimensiones y varias ramas.

Pegó un terrible tirón, que rompió el enganche instantáneamente. El cable de la luz se rompió también, pero quedó otro delgado y de color negro que, después de atravesar el techo, se perdía al otro lado, en la habitación superior.

Ray dio un salto, agarró el cable y tiró con todas sus fuerzas al caer. Un tremendo crujido fue la respuesta cuando los auriculares que el observador tenía puestos le fueron arrancados repentinamente y rompieron el techo para luego caer abajo.

La acción del joven provocó un boquete de un palmo de ancho. Los auriculares quedaron en el suelo, completamente deformados.

Arriba había alguien que gruñía de dolor. Ray corrió hacia la pared, subió por ella, caminó a lo largo del techo y se inclinó sobre el agujero.

Huang contemplaba toda aquella serie de acciones con los ojos fuera de las órbitas. Ray se inclinó, agarró el techo con ambas manos y ensanchó el boquete lo suficiente para pasar al otro lado.

Maylard se incorporaba en aquel momento, con cara de no saber muy bien lo que le había pasado. Vio a Ray y su cara se puso del

color de la ceniza.

El joven divisó en uno de los rincones de la estancia una grabadora, en la cual se recogían todos los sonidos que se producían en la estancia inferior. Antes de que Maylard se recuperase del todo, agarró la grabadora y la destrozó de dos puñetazos.

Luego tomó, a Maylard por debajo de los brazos y lo condujo hasta el agujero. «Bigotes» chillaba y perneaba a más y mejor, pero Ray se mostró inflexible y lo soltó para que cayera a la habitación inferior.

El gordo rodó por el suelo con gran estrépito. Ray se dejó caer inmediatamente después.

—Ése es un competidor, Huang —dijo sonriendo—. Usted se las entenderá con él.

Los de Huang centellearon de rabia.

—De modo que estaba escuchándome —dijo.

Maylard se incorporaba en aquel momento. Huang se le acercó y le asestó un terrible rodillazo que lo tiró de espaldas, pero Maylard, al caer hacia atrás, tuvo tiempo todavía de agarrar el tobillo del oriental y tirar con todas sus fuerzas.

Huang cayó encima de Maylard, quien le asestó un tremendo puñetazo en la oreja. El oriental emitió un atroz bramido y trató de sacarle los ojos al gordo.

Los dos hombres se enzarzaron en una tremenda pelea. Ray volvió la cabeza y miró sonriente a Violeta.

—¿Le interesa conocer el final de la pelea? —preguntó.

—En absoluto —contestó ella—. Podemos irnos cuando guste.

Los dos contendientes no se dieron cuenta de la marcha de Ray y Violeta. La pareja tomó el ascensor y pocos momentos más tarde, estaba en la calle.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó ella.

—A casa de mi tío —decidió Ray resueltamente—. Tengo ganas de comprobar un par de cosas antes de seguir actuando.

—Muy bien, andando.

Subieron al coche. Ray arrancó inmediatamente.

—Mañana la invito a asistir a una conferencia científica —dijo.

—¿Se refiere a la que va a dar el tibetano Dirw?

—Sí, justamente.

—Ray, ¿cree que puede interesarme a mí cierta clase de temas?

Él se encogió de hombros.

—No venga, aunque yo sí prometo asistir —contestó.

—¿Por qué?

—Me interesa, es todo lo que puedo decirle. No podría explicárselo aunque quisiera… por ahora.

Violeta adivinó cierta gravedad en el tono de voz de Ray. Asistir a aquella conferencia no era un capricho, se dijo.

—Muy bien, le acompañaré —accedió finalmente.

* * *

Nina Seyner les recibió con la sonrisa en los labios.

—Llegan a tiempo —dijo—. La cena estará lista dentro de unos minutos, aunque me temo que el profesor no querrá probarla siquiera,

—¿Por qué? ¿Está enfermo? —preguntó Ray.

—Todo lo contrario; está fuerte como un roble. Pero parece ser que algo le falla en sus cálculos y lleva casi veinticuatro horas sin salir ni moverse del laboratorio.

—Está bien —dijo Ray—. Voy a ver qué puedo hacer yo…

De pronto se volvió y miró críticamente a Nina, de pies a cabeza.

—Oiga, Nina —dijo—, ¿está casada usted?

—No. Hace años que enviudé —contestó ella.

Ray hizo unos gestos de asentimiento con la cabeza.

—El humor de mi tío mejoraría mucho si se decidiera al fin a abandonar su prolongada soltería —dijo.

—No estaría mal, ¿verdad, tía Nina? —dijo Violeta maliciosamente—. Señora Curlinghame, suena muy agradable, ¿eh?

Nina se ruborizó ligeramente.

—Al profesor le daría lo mismo que yo tuviese treinta años más y la figura de una escoba —se quejó en broma.

Ray le dio una palmada en el hombro.

—No desespere —dijo.

Y se encaminó hacia el laboratorio.

El profesor estaba inclinado sobre su mesa de trabajo, contemplando fijamente los apuntes que tenía trazados sobre un gran trozo de papel. Ray se acercó a la mesa, sin que su tío diera

señales de haber advertido su presencia y luego caminó hasta el bloque de granito, que continuaba en el mismo sitio.

Pasó la yema del índice por un determinado punto de la superficie y observó el resultado con una profunda arruga en el centro de la frente. Al cabo de unos segundos, volvió a situarse al lado del profesor.

—Te cuesta, ¿eh, tío?

Curlinghame alzó una ceja.

—Hay algo que se me resiste y no logro dar con ello, por más que me esfuerzo —contestó.

—En ese caso, lo mejor es que suspendas el trabajo y subas a cenar.

—Estoy a punto de…

—Estás a punto de enloquecer, tío —dijo Ray con voz firme—. ¡Vamos a cenar!

Curlinghame se rindió sin más resistencia. Los dos hombres subieron al comedor, en donde Violeta disponía ya la mesa.

—¿Alguna novedad? —preguntó la muchacha.

—Eso quisiera yo —suspiró Curlinghame.

—Quizá pronto encuentres la solución —sonrió Ray—. El problema, más que en la construcción de una máquina, que permita el paso de la fase teórica a la práctica, estriba en el suministro de energía, ¿no es así?

—Evidentemente, —confirmó el profesor—, puesto que, si la construyese de acuerdo con los cálculos actuales, debería llevar acoplado un generador tan grande, que resultaría imposible su traslado.

—¿Y la toma de corriente de alguna línea de alta tensión? —sugirió Violeta.

—Resultaría prohibitivo, tanto en el aspecto económico, como en otros aspectos, por ejemplo, ya que consumiría toda la energía que necesitaría una ciudad como Rockertown.

—En resumen, usted lo que quiere es que el aparato funcione con un mínimo de energía.

—Sí.

Violeta fijó los ojos en Ray.

—¿Tiene que decir algo al respecto? —preguntó.

El joven negó solemnemente.

—No —contestó.

—Pero el otro día…

Ray se echó a reír.

—Fue una casualidad, simplemente, producto de la suerte —declaró—. ¿Cómo voy a poder yo competir en matemáticas puras con mi tío, apenas si pasé de lo más elemental?

Violeta pareció quedarse muy decepcionada por aquella respuesta. En aquel momento, entró Nina con una gran sopera humeante, que desprendía un aroma delicioso, y la conversación quedó interrumpida.

—¡A cenar! —exclamó Nina—. Déjense ahora de preocupaciones y llénense el estómago como Dios manda.

Ray habló muy poco durante la cena, salvo para elogiar las habilidades culinarias de la tía de Violeta. La joven, que le estudiaba atentamente, llegó a la conclusión de que Ray sabía mucho más de lo que aparentaba, pero que, por alguna misteriosa razón que no alcanzaba a comprender, quería reservar para sí sus descubrimientos.

Al terminar, tomaron el café en un saloncito inmediato. Ray se las arregló para deslizar en la taza de su tío una pastilla de somnífero.

Curlinghame se quedó dormido allí mismo. Ray cargó con él en brazos.

—Nina, voy a llevarlo a su dormitorio —anunció—. Está necesitando diez horas seguidas de sueño.

—Se pondrá furioso cuando despierte —sonrió Nina.

—Échele la culpa a sus guisos —contestó él.

Minutos más tarde, Ray bajó al laboratorio, del que regresó una hora más tarde.

—Nina, cierre bien todo y no deje entrar a nadie —aconsejó en el momento de marcharse.

—Lo haré como usted dice, Ray —prometió—. ¿Hay algún peligro?

—No lo creo, pero conviene prevenirlo.

—Yo podría quedarme aquí para vigilar —sugirió Violeta—. Es mi misión —añadió.

—No tengo ningún inconveniente —accedió el joven.

Las dos mujeres quedaron solas. Para entretenerse, decidieron

contemplar un rato la televisión, sentadas en cómodos sillones.

Media hora más tarde, una mano misteriosa arrojó a la sala una bolita de vidrio, que se rompió instantáneamente, dejando escapar un gas que se expando con gran rapidez.

Violeta se puso en pie y quiso correr hacia el teléfono, para pedir socorro, pero el narcótico del gas era de efectos muy rápidos y cayó desvanecida antes de haber dado media docena de pasos.

En cuanto a Nina se levantó del sillón, pero volvió a derrumbarse inmediatamente. Un hombre entró corriendo, la cara cubierta con un pañuelo mojado en un líquido especial, y abrió las ventanas para que se renovase la atmósfera.

Luego hizo una señal con la mano. Gary Mikaelis apareció a los pocos instantes.

—Paso libre, jefe —anunció el sujeto.

Mikaelis contempló a las dos mujeres durante unos instantes.

—¿Y el profesor? —preguntó.

—Estará en el laboratorio —contestó el otro.

—Vamos a ver.

Los dos hombres se encaminaron al lugar señalado. Su sorpresa fue grande al verlo desierto.

—Busca por todas las habitaciones del edificio —ordenó Mikaelis.

Mientras su esbirro cumplía la orden, Mikaelis se acercó al proyector y, tras estudiarlo un momento, dio el contacto.

La pared se iluminó inmediatamente en un espacio cuadrado de metro y medio de lado. En el centro de aquel cuadrado se leía un rótulo:

RESUMEN
DE LOS TRABAJOS Y EXPERIMENTOS
REALIZADOS POR EL
PROFESOR MALCOLM E. CURLINGHAME
CON RELACIÓN CON LA PERFORACIÓN
DE GRANDES MASAS SÓLIDAS

(Nota para el observador: Maneje el interruptor
a fin de que aparezca la 1.º pág. del Resumen).

Mikaelis sonrió satisfecho, en el momento en que aparecía su esbirro:

—El profesor está dormido, seguramente a base de somníferos —informó—. Le he sacudido con fuerza y no se ha despertado.

—Estupendo —dijo Mikaelis—. Así no nos molestará.

Y presionó el interruptor señalado.

Unas líneas escritas aparecieron en la pantalla:

Para perforar una montaña de tres kilómetros de base y construir en ella un túnel de diez metros de diámetro se necesitan mil hombres, quinientos picos y quinientas palas; trescientas toneladas de dinamita y un centenar de camiones para transportar los escombros extraídos; cincuenta cisternas, de las que cuarenta y seis serán para agua y cuatro para vino; un rebaño de bueyes y mucha paciencia.

Nota: los bueyes no tienen nada que arrastrar; son para llenar el estómago de los trabajadores.

Mikaelis lanzó un rugido de ira.

—¡Se han burlado de mí! —gritó.

Su compinche estaba atónito.

—¿Ese es el famoso invento del profesor? Yo creo que ha estado tomando el pelo a todo el mundo…

Mikaelis apretó de nuevo el botón. Otro letrero apareció en la pantalla:

Faltan cinco minutos para que llegue la policía, avisada por la alarma automática conectada con el proyector.

—¡Rayos! ¡La policía! —exclamó el acompañante de Mikaelis.

Y echó a correr como si le persiguiese el mismísimo demonio.

Mikaelis estaba rojo de cólera. Comprendía que se habían burlado de él y, para desquitarse de algún modo, tiró el proyector al suelo.

Luego escapó detrás de su compinche. Lo de la policía podía ser broma o no, pero, por si acaso, más valía poner pies en polvorosa y buscar la seguridad en la huida.

CAPÍTULO XIII

Sonó el teléfono. El timbre atravesó las brumas del sueño de Ray y llegó hasta sus tímpanos.

Alargó un brazo. La voz ansiosa de Violeta sonó en sus oídos.

—¡Ray, ha ocurrido algo esta noche! —dijo la joven, sumamente excitada.

—Alguien ha entrado, ¿verdad?

—Sí. Nos arrojaron una pequeña granada de gas narcótico y mi tía y yo hemos dormido toda la noche de un tirón.

—¡Qué felicidad! —rió el joven—. ¿Eso es todo?

—Ray, no es para tomarlo a broma. Los intrusos debieron de registrar el laboratorio…

—Seguro, ¿qué esperaba?

—¿Y se lo toma tan a la ligera? ¿Sabe que falta la perforadora de su tío?

Ray volvió a reír.

—No tema, muchacha; lo escondí todo yo muy bien anoche, incluidos los apuntes. ¿Se le ha ocurrido examinar a fondo el laboratorio?

—He visto un proyector de cine caído…

—Es el que usa mi tío para proyectar imágenes o películas. Levántelo y póngalo en funcionamiento, si no se ha estropeado con la caída. Luego vuelva a llamarme. Dentro de un cuarto de hora, por ejemplo; ahora me voy al baño.

—Sí, Ray, como quiera.

—Y no sea aprensiva; no hay motivos de temor —la tranquilizó él finalmente.

Un cuarto de hora más tarde, Violeta volvió a llamar.

Ray, cubierto con la bata de baño, levantó el teléfono.

—¿Violeta?

—La misma. Ray, he hecho funcionar el proyector.

—¿Y se ha divertido?

—No sé qué pensar —confesó ella—. ¿Se trata de alguna broma?

—Por supuesto.

—Pero…

—Violeta, cuando bajé al laboratorio, después de dejar a mi tío en su dormitorio, preparé el proyector. Podían aparecer o no intrusos, pero convenía estar prevenidos. Dio resultado, según creo.

—Sí, aunque ¿es cierto lo que dice la tercera imagen?

Ray se echó a reír.

—No, pero seguro que el que leyó todo aquello se asustó muchísimo —contestó.

—Entonces, la perforadora…

—Está a buen recaudo, con los apuntes repito. No se preocupe de más, desayune sin miedo y recuerde que a las cinco y media tenemos que estar en la Biblioteca Pública.

—¿Para qué? Ah, sí la conferencia de ese chiflado del Tíbet.

—Exactamente, Violeta. Iré a buscarla a casa de mi tío, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, Ray.

El joven volvió el teléfono a la horquilla. Permaneció pensativo un momento y luego se dirigió hacia la cocina. Tenía apetito.

* * *

—No comprendo qué interés pueda tener para nosotros esa conferencia —dijo Violeta, casi refunfuñando.

—Para usted, muchísimo —contestó Ray.

—¿Lo cree así?

—Seguro. De esta conferencia va a salir nuestro porvenir.

Ella le miró de reojo mientras ascendían los peldaños de la gran escalinata de la Biblioteca Pública.

—Ray, no le entiendo —manifestó.

—Pues es bien sencillo. Después de la conferencia, aunque no inmediatamente, claro, este condenado embrollo empezará a aclararse y se resolverá de un modo definitivo. Entonces, yo podré decir: «Violeta, te amo con locura. ¿Quieres casarte conmigo?».

—¡Oh! —Ella se sonrojó fuertemente—. Está de broma, Ray.

—Nada de broma —dijo él, muy serio—. Hablo con toda sinceridad y ya puedes en ir pensando en devolver tu «carnet» de espía.

Entraron en la Biblioteca. Era un edificio grande, de líneas neoclásicas, con un gran frontón, sostenido por media docena de columnas dóricas. La gente acudía en buen número a la conferencia del lama Dirw.

Ray observó gran disparidad de las personas que asistían: damas de la alta sociedad, tan sofisticadas como aburridas, jóvenes melenudos, cubiertos de largos collares de cuentas, chicas de largas túnicas, con el cráneo rapado, y hasta algún que otro respetable caballero de anchos hombros y fornidas espaldas, en el que el más lerdo reconocería a un agente de policía.

El salón de actos era espacioso, aunque algunos de los asistentes tuvieron que quedarse en pie por falta de asientos. Ray y Violeta fueron afortunados y consiguieron dos sillas en la décima fila.

El acto empezó a la hora señalada. Mah-Shuro-Dirw entró en el escenario, acompañado de dos graves varones, uno de los cuales era el director del centro.

Dirw era un sujeto de elevada estatura, delgado de cuerpo y de rostro ascético, con el cráneo completamente afeitado. Vestía una larga túnica de color azul claro y en ambas mejillas llevaba pintados unos extraños símbolos.

El director de la Biblioteca hizo la presentación. Dijo algunas generalidades sobre el Tíbet y los fakires y luego dejó su puesto al conferenciante.

Dirw se adelantó un pase, juntó ambas manos y efectuó una profunda reverencia, en medio de un absoluto silencio. Luego, con voz profunda, dijo:

—Paz, paz… —pareció vacilar un momento y añadió—: Paz, repaz, más repaz y repazpaz.

Hubo un movimiento de estupor entre el público, pero como se trataba de un individuo procedente de regiones exóticas, nadie dijo nada.

El propio Dirw parecía asombrado, aunque se recobró en el acto.

—Hermanos, os saludaré con la frase ritual budista *Om mane padme Hum*, que significa: «Salve, joven de la flor del loto»… Loto, loto, to, to, to, to…

—¡Eso parece un disco rayado! —gritó un chusco, provocando una carcajada general que hizo retemblar la sala.

Violeta estaba llena de asombro,

—¿Y esta es la conferencia tan interesante que íbamos a escuchar? —preguntó, indignada.

Pero Ray no le contestó. Ella le miró y le vio como sumido en trance, con los ojos fijos en el aturdido conferenciante. Detrás de él, el director y el otro sujeto tenían la cara de mil colores.

Dirw carraspeó y se aclaró la voz. Nuevamente parecía haberse recobrado.

—Hermanos…

Hubo algunos siseos y Dirw esperó a que se acallasen. Habló de nuevo:

—Hermanos, he venido aquí para traeros el mensaje de paz y de amor que florece en las abruptas laderas de mi país. Es un mensaje eterno, imperecedero, el que, una vez conocido, hace que los más sesudos varones abandonen sus graves e importantes ocupaciones para seguir a bonitas y pizpiretas chiquillas en la estallante flor de la edad, cuando están como para comérselas, ¡ay!, las hijas de Eva…

El auditorio estaba estupefacto.

—Vaya un mensaje —rezongó alguien.

Impertérrito, el tibetano continuó:

—Y este mensaje nos habla también de las cálidas alegrías del vino, de lo estupendamente que se pasa en una playa, contemplando las bellezas en «bikini» o corriendo a ciento cincuenta en un descapotable, como hacen todos los chicos y chicas del Tíbet y hasta los ancianos venerables, porque allí los ancianos son venerables, dado que se les venera y respeta respetuosamente…

Se oyó un silbido que parecía iba a partir las paredes de la sala.

—¡Timador!

—¡Cara dura!

—¿Tibetano tú? —gritó otro—. ¡Tibetana, tu tía!

—¡Farsante!

El escándalo era mayúsculo. El director y su acompañante no sabían dónde meterse.

Dirw continuaba en el estrado. De repente, se puso a bailar, dando unos saltitos ridículos, a la vez que sacaba la lengua en son

de burla.

Aquello fue definitivo. Uno se puso en pie y le tiró con la silla.

Dirw se agachó y el proyectil no alcanzó de milagro al director y a su acompañante, quienes huyeron, aterrados. Los más jóvenes y, por tanto, fácilmente excitables, empezaron a romper sillas.

El jaleo era espantoso. Las damas elegantes trataban de escapar, llenas de pánico. Hubo quien se aprovechó de la confusión y pegó un par de «tirones» a sendos collares de perlas. Se perdieron muchas, pero el ladrón escapó con un buen botín.

Uno encendió un periódico. Ray se puso en pie.

—Larguémonos, esto se pone feo.

Empezaron a verse columnitas de humo. Los jóvenes, sobre todo, defraudados por la increíble exhibición del supuesto lama, estaban terriblemente encolerizados.

Cuatro o cinco saltaron al estrado y arremetieron contra Dirw, propinándole una terrible paliza. Afuera empezaron a sonar las primeras sirenas de la policía.

Ray y Violeta consiguieron salir al fin, en el momento en que una docena de fornidos agentes, porra en mano, irrumpían en la sala a fin de restablecer el orden. Varios de ellos tuvieron que dedicarse a apagar el fuego que ya prendía en un montón de sillas, causado por los enloquecidos asistentes.

Otros consiguieron rescatar a Dirw, lleno de golpes y sangrando por algunas partes de su cuerpo. Ray y Violeta ganaron al fin la calle, alejándose del foco central del tumulto.

—¿Para esto querías que viniese? —preguntó Violeta, cuando estuvieron en seguridad.

—Sí —contestó él.

—Pero no entiendo… ¿Por qué tenía yo que presenciar este espectáculo?

Ray sonrió sibilinamente. Una ambulancia llegaba a toda velocidad, seguida del ululante sonido de su sirena.

Minutos después, Dirw era sacado en una camilla. Todavía volaron por los aires algunos tomates maduros, pero la Policía dio una enérgica carga y los alborotadores se dispersaron por fin.

—Dirw era el organizador de todos nuestros problemas —explicó Ray a poco.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Violeta, asombrada.

—Ten un poco de paciencia —respondió él—. He de hacer algunas cosas, a fin de sostener la definitiva entrevista con Dirw.

—¿Qué? ¿Vas a verle?

—No. Él vendrá a verme a mí.

Violeta hizo un gesto con la cabeza.

—Te aseguro que no entiendo en absoluto…

La mano de Ray asió con suave firmeza el brazo de la joven.

—Ahora te voy a llevar a casa de mi tío y te quedarás allí esperándome todo el tiempo que haga falta… veinticuatro horas, cuarenta y ocho tal vez, pero no más —decretó inexorablemente.

CAPÍTULO XIV

A Violeta se le comía la impaciencia.

—Casi han pasado ya veinticuatro horas y todavía no ha dicho nada —exclamó, mientras se paseaba arriba y abajo por el salón, con los nervios a flor de piel.

Nina sonrió.

—¿Temes por él? —preguntó.

—Qué cosas tienes, tía. Estoy un poco aprensiva, eso es todo…

La radio, conectada, emitía un programa de música suave, que no parecía tranquilizar ni poco ni mucho a la joven. De repente, la música se interrumpió y el locutor anunció que iban a emitir un boletín de noticias:

—Señoras y señores, es nuestro deber informarles que el supuesto lama del Tíbet, Mah-Shuru-Dirw, que se hallaba internado en el Hospital Central, a consecuencia de las heridas recibidas durante la agresión que sufrió a manos de unos estudiantes exaltados, ha escapado de dicho establecimiento, sin que hasta el momento se conozca su paradero…

Violeta se puso en pie de un salto, adivinando lo que iba a suceder:

—¡Se dirige a casa de Ray! —gritó.

—¿Estás segura, muchacha? —preguntó Nina.

—Segurísima, tía. Él me dijo que Dirw iría a visitarle… Voy a llamarle por teléfono, para ponerle sobre aviso.

Corrió al teléfono y marcó el número de Ray. A los pocos segundos, oyó la voz del joven:

—Habla Felton.

—Ray, soy Violeta, Dirw ha escapado del hospital.

—Lo sé, preciosa. Acabo de oírlo por la radio. Pero no temas; estoy preparado.

—Tengo miedo, Ray…

El joven se echó a reír.

—Desecha tus aprensiones, no me ocurrirá nada —la tranquilizó —. Y ahora, por favor, cuelga y déjame esperar a Dirw.

La muchacha obedeció. Le hubiera gustado estar con Ray, pero no se atrevía a contradecirle.

Mientras, el salón de la casa de Ray aparecía sumido en una suave penumbra. Cualquiera que hubiese entrado habría visto al joven, sentado en un gran sillón de orejeras, fumando plácidamente un cigarrillo.

El silencio era absoluto. Los ruidos de la calle llegaban muy atenuados a la estancia.

De pronto, se abrió la puerta. Alguien entró sin hacer el menor ruido.

—Bienvenido, Mah-Shuru-Dirw —dijo Ray con voz calmosa.

—¿Me esperabas? —preguntó el tibetano.

—Sí.

—Entonces, puedes imaginarte a lo que vengo.

—Desde luego.

Dirw dio dos pasos más y quedó a tres o cuatro metros de la butaca. Ray continuaba fumando apaciblemente.

—Me hiciste hacer un ridículo espantoso en la conferencia —acusó Dirw.

—Sólo pretendía desenmascararte. Hasta cierto punto, creo que lo conseguí, ¿no?

—Esto es ahora secundario —dijo el tibetano—. Ahora tenemos cosas más importantes de qué hablar.

—Por ejemplo, de la paliza que te dieron los amotinados.

El semblante de Dirw se contrajo de rabia.

—Fue un hecho indigno —calificó.

—Pero tal vez benévolo, porque hubieras merecido morir, dada la naturaleza de tus intenciones.

—Yo no voy a morir, el que va a morir serás tú, dentro de muy poco.

—Dirw, no me asustes.

—Búrlate todo lo que quieras, pero lo que he dicho es la verdad.

—Oh, claro, claro, un hombre de tus cualidades no puede mentir. Y, dime, ¿qué harás luego? ¿Apoderarte del invento del

profesor Curlinghame?

Dirw pareció sorprenderse un poco. Luego exclamó:

—¡Lo has adivinado!

—Sí, y todavía más, Dirw. Te dirá que has estado aprovechándote de mí para eliminar a tus competidores. Fue un buen plan, forzoso es reconocerlo; de este modo, nadie podría relacionarte con él, ¿verdad?

—No era un mal plan ni lo es, porque al fin, dentro de unos minutos, habré alcanzado mis objetivos. Por cierto, ¿cómo conseguiste hacerme decir tantas insensateces durante la conferencia?

Ray sonrió suavemente.

—Dirw, tienes una mente muy poderosa, esto es indudable —contestó—. Recuerdo todavía nuestro primer encuentro en el parque, cuando, después de haberte librado del ladrón que quería asaltarte, me preguntaste si quería algo en agradecimiento, ser más alto, más guapo, poseer ciertas facultades… ¿Lo recuerdas?

—Sí —contestó el tibetano ceñudamente.

—Quizá el encuentro fue preparado, pero, en todo caso, es un detalle sin importancia. Sí, en efecto, adquirí aquellas facultades: levitación, una fuerza prodigiosa, lucidez de mente… Era como una especie de halago para que yo hiciese lo que tú querías, ¿no es cierto?

—Sí —confirmó Dirw.

—Incluso corregí algunos cálculos de mi tío, cosa de la que yo no me habría creído capaz jamás. Pero me necesitabas a mí, por ser precisamente sobrino del profesor y porque siempre hubiera parecido lógico un especial interés mío en librar al profesor de sus enemigos… en beneficio tuyo, naturalmente.

—Insisto en que era un plan estupendo.

—Por supuesto, y quien te envió aquí, lo hizo conociendo tus portentosas cualidades psíquicas. No cabe duda de que la mente tiene todavía muchos misterios que aún no se han aclarado; tus poderes son indiscutibles, pero limitados.

Dirw se echó a reír.

—¿Limitados? —repitió.

—Claro. ¿O no recuerdas ya lo que te pasó durante la conferencia?

—Te apoderaste de mi mente y me hiciste decir una serie de barbaridades sin fin. ¿Cómo lo conseguiste?

—Un razonamiento lógico. Si parte de tu mente estaba en la mía, y recuerdo muy bien algunas de tus apreciaciones durante el sueño, por la misma razón, parte de mi mente estaba en la tuya… algo así como mirarse a un espejo, ¿comprendes?

—Y anticipándote a mí, me sorprendiste, apoderándote de mi voluntad.

—Así fue, pero en el fondo, la culpa fue tuya, porque, en circunstancias normales, yo jamás habría sido capaz de una cosa semejante, Soy, era, mejor dicho, un hombre normal, corriente… y quiero seguir siéndolo.

Dirw se echó a reír.

—¿Crees que lo conseguirás? Tu apariencia seguirá siendo la misma, pero no serás tú ya más. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—No. Explícalo, ¿quieres?

—Ahora me introduciré en tu mente, me fundiré contigo, me apoderaré completa y absolutamente de tu voluntad y yo seré tú y ayudaré al profesor a concluir su invento y luego me llevaré la fórmula.

—Y a tu cuerpo, ¿qué le pasará?

—Se quedará aquí, abandonado. No es más que la vulgar envoltura de una mente de poder sin límites.

—Entiendo —dijo Ray, impasible—. Bien, estoy en tus manos, Ven, Mah-Shuru-Dirw, aquí me tienes sentado, aguardándote.

Sobrevino un profundo silencio. De repente se oyó un estridente chillido.

Dirw rodó por el suelo, encogida, reducido de volumen, convertido en un montón de carne arrugada e inanimada, envuelta en ropajes azules. Algo saltó de la butaca y se precipitó hacia la salida, lanzando aterradores alaridos.

El ser alcanzó la puerta y la rompió. Salió al corredor y se precipitó hacia la escalera.

Ray apareció en el salón. Contempló un instante el cuerpo de Dirw y luego se acercó al sillón.

Cogió un momento el pequeño altavoz disimulado en el respaldo y volvió a sonreír. Después se acercó a la ventana.

En aquel momento, el ser, enloquecido, salía a la calle. La circulación era intensísima.

Se oyó un violento frenazo. El chófer del camión quiso parar, pero era imposible ya detener aquella mole de veinte toneladas. Debajo de sus ruedas quedó un cuerpo, convertido en pulpa sangrante.

* * *

Violeta, Curlinghame y Nina contemplaban al joven con expectación.

Ray se acercó al bloque de granito y paseó la yema del dedo índice por un punto determinado. De pronto, levantó el puño y golpeó la vara.

El pedrusco se dividió en dos partes, que rodaron por el suelo con gran estruendo. Curlinghame estaba atónito.

—Pero, Ray…

—Tío, destruye tus apuntes y quema ese maldito aparato —dijo el joven—. Hazlo o destruirás el planeta.

Violeta lanzó un gemido. Curlinghame estaba atónito.

—¿Cómo puedes decir tal cosa, Ray? —barbotó.

El joven señaló las dos mitades de la roca caídas en el suelo.

—Lo mismo que ha sucedido con ese bloque de granito, sucedería con el planeta si tu máquina alcanzase las dimensiones que pretende. La disociación molecular, por alineación, se propagaría en línea recta, a ambos lados y hacia abajo, de un modo inexorable e imparable. Sencillamente, sería como si alguien cortase el planeta en dos, con un cuchillo gigantesco.

Violeta estaba con la boca abierta. Curlinghame hizo un signo de asentimiento.

—Creo que… tienes razón —dijo al cabo.

—La tengo —afirmó Ray con voz resuelta—. Imagínate la catástrofe que se produciría cuando ese «contagio» llegase al centro de la Tierra. Las dos mitades se separarían lentamente y acabarían orbitando por el espacio, ataúdes flotantes de miles de millones de personas, muertas en las terribles convulsiones sísmicas que se producirían inevitablemente antes de la separación.

—Profesor —dijo Nina—, temo que va a tener que dirigir sus

investigaciones hacia otro punto.

—Que la dirija adonde quiera —exclamó Ray—. Violeta y yo nos marchamos.

—¿Adonde, Ray?

—A casarnos.

—¡Oh! —exclamó la muchacha.

Ray tiró de ella. Por encima del hombro, dijo:

—Tío, yo creo que, para que se te pase el disgusto, lo mejor que puedes hacer es convertirte en tío de Violeta… es decir que Nina se convierta también en mí tía.

—No sería mala idea —replicó Violeta— sonriendo.

* * *

—Pero no entiendo —dijo Violeta—. ¿Cómo engañaste a Dirw?

—Muy sencillo, por medio de un micrófono y un altavoz. Naturalmente, yo estaba aquí, en el dormitorio.

—¿Y quién estaba en el sillón?

—Un chimpancé.

—¿Qué? —gritó la muchacha.

—Como lo oyes. Un gran chimpancé, eso sí, vestido con mis ropas y con una peluca.

—Pero tenía que moverse…

—Estaba previamente narcotizado,

—Sin embargo, escapó cuando Dirw penetró en su mente…

—Esto hizo desaparecer los efectos del narcótico, querida.

Violeta meneó la cabeza.

—Hay algo que no entiendo muy bien todavía —manifestó—. ¿Cómo pudo Dirw penetrar en el cerebro del simio?

—Muy sencillo. Él creía que era yo el que estaba sentado en el diván. Su mente percibía la actividad de otra, pero, en cierto modo, estaba algo distraída con el diálogo que sosteníamos. Luego, cuando se precipitó hacia el cerebro del chimpancé, lo hizo con toda su potencia mental… Si tú tienes un cubo lleno de agua en las manos y lo vuelcas de golpe, el líquido se derramará por completo, ¿verdad?

—Sí, Ray.

—Pero sí sólo lo inclinas un poco, apenas perderás unas gotas y podrás rectificar una maniobra equivocada. En metáfora, esto es lo

que le sucedió a Dirw.

—Y luego, el chimpancé…

—Fue el choque de dos mentes, una súbitamente despertada y otra enfurecida por el engaño. Para Dirw, sin embargo, era tarde, porque no podía volver a su cuerpo ya muerto.

—Ahora sí lo entiendo. Dime una cosa, Ray.

—Sí, querida.

—¿Conservas aún aquella fuerza tan descomunal?

Ray se echó a reír.

—Cariño, ¿no te diste cuenta cuando te entré en brazos en el piso que terminé jadeando y casi sin aliento?

—Tendrás que hacer ejercicio —dijo ella—. Tienes que cultivar tus músculos un poco más de lo que hacías hasta ahora.

—Bueno, queda tiempo para eso.

—Y ya no te subes por las paredes ni te sostienes en el techo.

—Afortunadamente. Muerto Dirw, desaparecieron esas facultades de lo que me siento muy contento. Pero más contento estoy de haberme casado contigo.

Ella le besó suavemente.

—Yo también me siento muy feliz de ser tu esposa —contestó.

Ray sonrió. Luego alargó el brazo y apagó la luz.

Por la mañana, sonó el timbre repetidas veces, casi con furia.

Violeta se levantó y se puso una bata para abrir. Al hacerlo, vio a un hombre de mediana edad en el umbral.

El señor Grattan se quedó boquiabierto al verla.

—¿Está Ray? —preguntó, rehaciéndose en parte—. Tengo que verle; soy el padre de su prometida…

—¿Mi padre? —dijo Violeta zumbonamente.

—¿Cómo su padre? —se congestionó Grattan—. El padre de Minerva, señorita.

—Señora Felton —puntualizó ella.

Grattan se quedó con la boca abierta.

—Ray… se ha casado —dijo.

—Así es. Yo soy su esposa, señor Grattan, ¿Quiere que le diga algo?

Grattan hizo un signo significativo.

—Iba… a decirle que volviese a la oficina…

—Bueno, ya se lo diré yo, aunque me parece que se buscará otro

trabajo. Buenos días, señor Grattan.

El visitante se marchó. Con voz soñolienta, Ray preguntó desde la cama:

—¿Quién era, cariño?

—Nadie, amorcito —contestó Violeta maliciosamente—. Espera unos minutos y te llevaré el desayuno a la cama.

—Tengo que volver al trabajo…

—Ya volverás, no hay prisa —dijo ella, mientras se encaminaba a la cocina—. Ahora debemos disfrutar de nuestra luna de miel, querido.

FIN